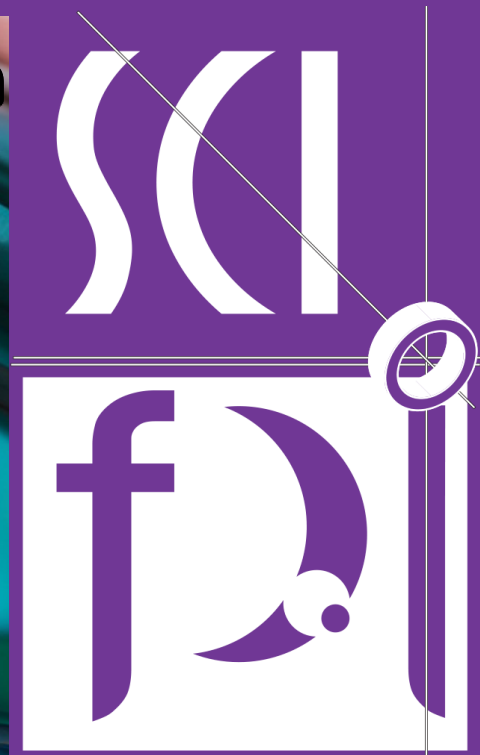


Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



Sueños y religión
Cuide a su onirobionte...
... y a su deidad favorita

Portada: Javier Muñoz Pérez

<http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

·Onirobionte ·Contacto de tercera fase ·El señor Satán ·¡¡¡Espada láser!!! ·El primer libro ·Adeste fideles: la ciencia ficción y la religión

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Marco Antonio Gómez Martín
José Ignacio Gómez Pérez
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
Julio Septién del Castillo
David Sigüenza Tortosa

Portada

Javier Muñoz Pérez

La plantilla para la maquetación de este número de Sci-Fdi ha sido realizada enteramente en \LaTeX por David Pacios Izquierdo (Pascal) como colaboración con la Oficina de Software Libre y Tecnologías Abiertas de la Universidad Complutense de Madrid.



OFICINA DE SOFTWARE LIBRE
VICERRECTORADO DE TECNOLOGÍA Y SOSTENIBILIDAD
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

Editorial

Comité Editorial

Queremos comenzar este editorial dando la enhorabuena a Francisco Romero, uno de los editores fundadores de Sci-FdI. Durante estos últimos quince años, Paco ha sido uno de los principales motores de la revista. Ahora ha llegado el momento de su más que merecida jubilación, por lo que además de desearle lo mejor en su nueva etapa, queremos hacerle un poco la pelota para convencerle de que siga colaborando con nosotros. ¡¡Necesitamos tu buen criterio y sensatez!!

Pasando ya al contenido de la revista, esperamos que nuestros relatos les inspiren grandes y maravillosos sueños. En cualquier caso, por favor, no dejen de soñar... y cuiden de su *Onirobionte*. No creemos que un *Contacto de tercera fase* o *El señor Satán* les vayan a generar pesadillas, pero si ese fuera el caso, recuerden que siempre podrán evitarlas pensando en su *¡¡¡Espada láser!!!*. Tras nuestra sección de relatos, les presentamos un libro (o tal vez no lo sea, ustedes decidan...) escrito por el mismo autor que participó en nuestra revista con *Conoce a tu Llais*. En esta ocasión, el autor explora el uso de la inteligencia artificial en la creación artística. Para concluir este número de la revista, les traemos un estupendo ensayo sobre uno de los grandes temas que han explorado durante décadas multitud de relatos y libros del género: la relación entre religión y ciencia ficción. Estamos convencidos de que no solo disfrutarán de *Adeste fideles: la ciencia ficción y la religión*, sino que también les servirá de fuente de inspiración para próximas lecturas.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha

llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que debido a la reciente jubilación de nuestro querido editor Francisco Romero, la calidad de nuestra revista caerá notablemente a partir del próximo número. El equipo editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladurías sin fundamento. Es bien sabido que aunque se jubile vamos a seguir persiguiéndole para que continúe colaborando con Sci-FdI, especialmente ahora que sabemos que va a tener más tiempo libre...

Índice

Onirobionte	4
Contacto de tercera fase	22
El señor Satán	23
¡¡¡Espada láser!!!	24
El primer libro	33
Adeste fideles: la ciencia ficción y la religión	36

Edición web: <http://www.ucm.es/sci-fdi>
Envíos y sugerencias: scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-FdI se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Onirobionte

Parra Avellaneda, Víctor

Todo, personas y cosas, se esfumarán un día convirtiéndose en un sueño e ingresando en el vacío.

SUEÑO EN EL PABELLÓN ROJO
CAO XUEQIN

Loss of the genetic parasite initially results in loss of the unstable protective (immunizing) component of the addiction module, leading to activation of the stable harmful component and cell destruction.

Thus, colonized cells are 'addicted' and must stably maintain the protective immunity function of the parasite for their own survival.

ORIGIN OF GROUP IDENTITY
LUIS P. VILLARREAL

—No recuerdo cuándo fue la última vez que soñé —le explica el paciente a la doctora, con voz cansada. Sostiene en sus manos la libreta en donde escribe todos los pormenores de la conversación.

Sobre los márgenes de una de las hojas empieza a dibujar un par de peces entre las palabras recién escritas. El trazo es lento y a veces accidentado por el pulso nervioso de su mano, pero por fin, tras unos segundos, la tinta adquiere la forma deseada de las criaturas marinas.

Todo sea para no olvidar.

Después de hacer el dibujo sus ojos enrojecidos contemplan enfrente suyo a la doctora, quien desde su escritorio revisa con atención los resultados médicos. La expresión de ella es notablemente seria y su vista se dirige a veces hacia él y otras veces hacia el fajo de hojas.

—Aunque duermo siento que no descanso nada —agrega él, revisando entre sus notas los síntomas que en días pasados experimentó y anotó cuidadosamente:

*Todo el tiempo estoy agotado.
Mi cabeza me duele mucho. Siento como si mi mente estuviera inflamada.*

Estoy empezando a escuchar sonidos que no deberían estar ahí.

Mi vista empieza a nublarse.

Lo que dice la gente lo olvido a los pocos minutos.

Mi noción del tiempo se ha roto...

La doctora, tras escuchar al paciente, da un profundo respiro y extiende las hojas clínicas hacia él.

Al recibirlas, el paciente solo ve la imagen impresa de un cerebro oscuro acompañado de una serie de tablas y números que no le dicen nada.

¿Qué es exactamente lo que está observando? ¿Qué información esconden todos esos números, columnas y líneas que, para sus ojos, están distribuidos completamente al azar y no tienen ningún sentido?

En otras circunstancias podría entender algo tan sencillo como esto, piensa el paciente, pero ahora cualquier cosa es ilegible.

Simplemente no lo sabe. Observa la hoja, los puntos oscuros y sus espacios en blanco, los tecnicismos científicos escritos en un incomprensible código alfanumérico.

Tiene ante él un verdadero enigma.

Como deduciendo su perplejidad, la doctora decide explicarle a detalle de qué trata todo eso.

—La imagen es la tomografía de su onirobionte —explica la doctora—. En un cerebro sano aparecería un brillo color azul en la imagen.

El paciente, como en las ocasiones pasadas, al escuchar que le hablan pone atención, pero pierde fácilmente la concentración. El sonido de las palabras de la doctora a momentos se transforma en un ruido indescifrable y él se siente estar hundiendo debajo de un profundo océano. La voz de la doctora suena metálica, con un extraño eco que deforma el sentido de lo que le está diciendo.

Tiene que poner un gran esfuerzo para lograr atrapar las palabras en esta atmósfera tan deformada en la que se encuentra sumida su mente.

Tras notar este ausentismo, la doctora repite lo que hace unos instantes acababa de decir. Esta vez toma el cuaderno del paciente, y con su bolígrafo anota con una ornamentada letra la oración. Después, el paciente recoge la libreta y lee lo que está escrito.

Lee las palabras. Al inicio las letras solamente son unas figuras extrañas. ¿Qué se supone que son esas cosas? Hay algo en ellas, un mensaje, un código, sí, pero su mente muy difícilmente comprende que tal ángulo, que tal curva y puntos en los caracteres tienen contenido un mensaje para él.

Poco a poco y no sin algo de dolor intenso de cabeza que va recorriendo la mitad derecha de esta, el paciente al colocar con su dedo índice sobre las letras, va leyendo en voz alta cada palabra. Al terminar, repite el proceso cinco veces, hasta que la oración que escribió la doctora resuena en su mente de tal forma que es el único sonido que reina en su cabeza.

Por fin, tras batallar con la decaída concentración él logra asimilar el mensaje.

—Creo entender lo que dice —le responde el paciente. Su forma de hablar es muy lenta ya que incluso hablar se ha vuelto una tarea muy difícil— Pero, si es así, ¿por qué no hay nada en la imagen? Solo veo lo que parece mi cerebro, ¿no es así? Un cerebro y nada más.

La doctora asiente.

—No hay brillo azul porque no encontramos ningún onirobionte dentro de usted.

Tras esperar un largo tiempo en el que el paciente asimiló lo que le dijo la doctora, él miró a un lado y a otro y continuó hablando.

—¿Cómo? ¿Qué no lo encontraron?, pero el examen, y todos los químicos que me hicieron tomar...

—Los químicos están diseñados para que se unan a las estructuras químicas del onirobionte. Como un dardo que acierta en su objetivo. Podemos ver en donde ha pegado ese dardo y medir esa información. Al

hacer la tomografía, los químicos lo harán visible para el tomógrafo. Pero, como en su cerebro no lo hay, no salió nada reflejado en la tomografía. Ningún brillo ni color. Nada. Esto responde por qué no ha podido soñar en varios meses. No puede hacerlo porque el mecanismo responsable ya no existe en su cerebro.

El paciente, mientras tanto, escribe rápidamente lo que acaba de decirle la doctora, lo hace con cuidado. La letra es grande y en ocasiones adquiere curvas desproporcionadas que hace lucir a las palabras con apariencia asimétrica. La pluma se desplaza cansada. La respiración del paciente es trabajosa, inhalando y exhalando con dificultad, mientras escribe en una posición con su espalda encorvada. Mientras lo hace murmura lo que escribe, como para no olvidar lo que está haciendo. La doctora solo lo mira desde su escritorio.

—Mire —le dice la doctora, entregando otra tomografía en donde está el brillo azul, como un resplandor celeste sobre la imagen—. Esto que ve aquí es la imagen del cerebro de un soñante sano.

El paciente deja de escribir y sobre su cuaderno recibe las hojas de la tomografía. Mira la imagen con mucha atención. De entre todo el entramado de extrañas formas y contrastes, distingue un brillo azul en la tomografía.

—Y eso que brilla, como una aurora boreal, es el onirobionte, ¿no?, es el onirobionte de una persona que puede soñar —dice él, señalando con la pluma los brillos azules en la región de la tomografía.

—Sí, es correcto —responde la doctora.

El paciente se queda mirando largo rato la imagen. Pasa su vista a las hojas con su propio examen clínico para compararlo y vuelve a poner la vista sobre la imagen del paciente sano.

La doctora observa por un breve instante la libreta rayoneada de su paciente, y al regresar la mirada:

—Al hacer la onirometría no fue posible encontrar nada. Cuando hay un deterioro

en la estabilidad del onirobionte pasa esto, los estudios clínicos muestran este tipo de resultados, manchas oscuras difusas, o simplemente un vacío que nos dan suficiente información como para comprender que la maquinaria encargada de generar los sueños se ha degradado y desprendido del sistema nervioso —agrega ella.

Las manos del paciente tiemblan. En su mirada hay estupor y un evidente desconcierto. Frunce el ceño y sus labios resecos se estrujan en una mueca de confusión.

Mira a la doctora, para luego bajar a mirar el escritorio, el techo y su alrededor.

Nuevamente ausente durante unos segundos, hasta que vuelve en sí.

—No entiendo. Aquí no hay ni azul, ni manchas difusas. No hay nada, solo negrura... —tartamudea el paciente, negando con la cabeza al ver las imágenes. No puede creer que su mente se reduzca a una hoja clínica.

—Todo eso es así porque su onirobionte se degradó. Es la razón por la cual ya no puede soñar ni recordar bien. El onirobionte es como una segunda memoria, paralela al sistema nervioso central. Cuando los genes de los sueños se pierden, se pierde también esta segunda memoria —dice ella.

—¿Y qué causa todo eso? ¿Por qué no puedo soñar? ¿Qué pasó en mí que en otros no? —dice el paciente, con la voz rota.

La doctora guarda silencio durante algunos segundos, y vuelve a mirar a su paciente.

—Aún no se sabe con certeza —le dice ella—. Se sospechan varias cosas. Algunos médicos piensan que los microplásticos que hay en el ambiente afectan la comunicación de las neuronas y matan al onirobionte. Otros se decantan por creer que se trata de algo así como una enfermedad genética que mata los sueños.

—¿Enfermedad de los sueños? ¿Será acaso una enfermedad genética? ¿Dice usted algo parecido al cáncer? —le dice el paciente.

Él escribe atropelladamente la palabra 'CANCER' sobre las páginas del cuaderno y seguido de la palabra dibuja unos garaba-

tos circulares que representan a un grupo de células reproduciéndose sin control.

—Cáncer, cáncer, cáncer, un cáncer de los sueños... —susurra el paciente, agarrándose la cabeza con las manos. Mira su cuaderno, mira a su alrededor y de nuevo su mirada vuelve a la doctora.

—Algo así, algo así —le responde ella—. Pero, le vuelvo a insistir, que no se sabe con certeza qué es. Hay muchas causas posibles, pero no tenemos nada confirmado. Lo cierto es que usted no es la única persona con este mal. Cada día son más y más los que dejan de soñar y su mente se colapsa —le confiesa la doctora.

El paciente frota sus párpados con sus dedos, luego cierra los ojos, respira profundamente mientras su boca tambalea dominada por un breve espasmo. Al abrir sus ojos sus pupilas están enrojecidas y se asoman entre ellas unas tímidas lágrimas que trata de contener. En ocasiones el rostro de la doctora se deforma frente a él, una especie de halo difuso rodea las facciones de ella impidiendo distinguirlas con detalle. Así también ha ocurrido con la mayoría de las cosas que observa del mundo. Los sonidos y las cosas que ve se distorsionan por todo el tiempo que ha pasado sin lograr soñar.

Respira nuevamente, ahora con más fuerza, cerrando los ojos otra vez y apretando con fuerza sus labios.

—Sé que es muy duro de asimilar —dice ella, tratando de calmarme, mientras sus manos se mueven ligeramente en el aire con suavidad entre cada oración—. Existen muchas alternativas a elegir en cuanto al tratamiento. Normalmente a los pacientes se les induce a dormir con sedantes, pero realmente no se ha resuelto el problema. Usted ha pasado por este tratamiento en el cual puede dormir, pero no volver a soñar. Lo que queremos los médicos es encontrar la forma de restaurar la habilidad del cerebro para soñar. Actualmente se ha aprobado una terapia experimental que consiste en trasplantar el onirobionte proveniente de un donante cadavérico. Un trasplante de sueños, si lo quiere ver así. Pero es más complejo de lo que suena.

Las palabras de la doctora se vuelven de nuevo difusas, extrañas. Lo único que puede entender de toda la plétora de oraciones y de ruidos es la idea general de un trasplante.

—Trans...plan...te; trasplante... de ... sueños —repite el paciente, anotando en su libreta con una letra grande y con fuerza sobre el papel—. Se necesita una persona muerta... —susurra el paciente, repitiendo la frase una y otra vez, en un trance, tratando de comprender sus implicaciones—. No se puede sacar algo del cerebro sin abrir la cabeza de alguien, y si eso es la segunda memoria como dice usted, entonces, tiene que estar muerto, es eso ¿no?

La sensación de no estar en su propio cuerpo es algo normal en el estado en que se encuentra el paciente. Las palabras que él dice le parecen dichas por alguien que no es él, o alguna entidad que interpreta su papel, como en una obra de teatro que estuviera viendo desde las butacas de un teatro solitario. Al hablar sabe que habla pero al mismo tiempo no puede creer ni dar crédito de que las palabras que pronuncia sean de él, al igual que los movimientos de su cuerpo.

Escribe junto al resto de las ideas principales de la conversación, lo siguiente, en letra mayúscula, como queriendo gritar y no olvidar nada:

TRANSPLANTE DE SUEÑOS CON EL CEREBRO DE GENTE MUERTA.

Traga saliva y respira hondo.

—Sí, tiene sentido lo que dice. Es necesario un cadáver para el trasplante. No hemos sabido de ningún caso de curación de esta enfermedad, si le soy sincera —dice la doctora—. No le puedo mentir. Todos mueren a los años. Pero no perdemos nada con intentar esta nueva terapia. Quizás esta sea la solución. Quizás no.

La doctora calla y medita lo que va a decir a continuación.

—Hace poco se ha experimentado en ratas. Los resultados son prometedores —

dice ella, tras la breve pausa.

—¿En ratas?

—Sí. Ratas que no pueden soñar vuelven a hacerlo.

—Pero, ¿ratas? ¿Esto no es una enfermedad exclusiva de los humanos?

—Lo es.

—¿Entonces cómo los diablos le quitaron el sueño a las ratas?

—Se les destruye la capacidad de soñar de forma artificial. Ingeniería genética y sustancias tóxicas. Después, se toman ratas sanas, se sacrifican, se toma su cerebro y se transfiere el onirobionte a las ratas enfermas. Tras la operación vuelven a soñar —explica.

—Y el paso siguiente es hacer eso en humanos... —dice él.

Ella asiente.

—Es lo lógico —responde ella.

—Entiendo, entiendo... —murmura—. Pero, en todo trasplante existe el riesgo de rechazo, de una reacción adversa —dice el paciente.

—La única reacción adversa es no poder soñar —interrumpe la doctora—. Cuando el sistema nervioso de los roedores rechaza al onirobionte simplemente el cuerpo lo degrada sin más efectos. Confiamos en que el trasplante en humanos sea efectivo. Si es rechazado lo sabremos porque usted no soñará. Estará igual que antes.

—No sé qué es peor... —responde él.

Tras decir esto se forma un sólido silencio entre ambos. Él siente que aquel silencio, punzante, se ha transformado en algo así como un fluido, quizás las rachas violentas de un oleaje de un océano invisible que ha inundado el consultorio de la doctora. Su impresión, dentro de estas sensaciones extrañas para su cuerpo y para su cordura, le hace pensar en que ambos están ahogándose en aquel mar invisible de silencio.

El paciente mira a su cuaderno, se queda un largo rato considerando la situación. Desde que perdió la capacidad de soñar los sonidos los ha percibido distorsionados, le alteran, le confunden y olvida cosas con

demasiada facilidad al grado de que debe anotar todo, como si su memoria ya no funcionara. En parte es eso, su segunda memoria ha dejado de existir. Él sabe que no es normal, que estas son secuelas acumulándose como una bola de nieve precediendo a una avalancha. Sabe perfectamente que llegará un punto en donde tal avalancha acabará con su vida.

Da vuelta a las páginas de su libreta, en donde hay dibujos de peces porque, según las palabras que acompañan las ilustraciones, a él le gustan los peces. Al ver las ilustraciones siente un poco de calma. Quizás por eso le gustan los peces, por la calma que le generan cada vez que los ve.

Encuentra un texto de hace dos semanas en donde viene escrito que el cerebro necesita soñar pues de lo contrario colapsa. Es una verdad tan obvia que pasa desapercibida hasta que uno ha perdido esa verdad en su vida y sufre los efectos de su ausencia.

Hay más dibujos de peces nadando junto a las anotaciones, mientras de sus bocas salen pequeñas burbujas que se transforman en planetas de agua.

—Parece que no tengo opción —dice el paciente, tras el silencio.

—Es eso, o esperar a que su cerebro se desintegre poco a poco y no quede nada —dice la doctora—. Así ocurre en todos los casos.

—Sí, sí —responde en voz baja el paciente, con la mirada perdida—. Si he sentido mi mente desmoronarse cada día que pasa. A veces solo lo sé porque lo tengo escrito. Otras veces el recuerdo aparece difuso.

Da un profundo respiro.

—Bien —dice el paciente, resignado—. La situación nos ha llevado hasta aquí. Es inevitable.

El paciente vuelve su vista a las páginas de la libreta. Encuentra la frase donde dice que podrá volver a soñar con el cerebro de gente muerta. La lee varias veces y repite en voz baja su contenido, como tratando de atrapar el significado de esa frase con la repetición. Sin embargo, siente que todo se le escapa fugazmente y que las palabras escritas tratan de transformarse en otra cosa. Finalmente, a pesar de la inestabilidad que

siente al crecer dentro de sus capacidades de concentración, logra comprender.

—El trasplante, de gente muerta. Gente muerta...

—Gente muerta —dice la doctora—. Básicamente es eso. Como los trasplantes de órganos. Es algo muy similar. Solo que aquí se trata de una criatura que produce las sustancias de los sueños. No es un trasplante de un órgano, sino el de un organismo de su hábitat natural a otro. Aunque en esencia las dos cosas tienen en principio el hecho de esperar a que el nuevo inquilino se adapte en su nuevo lugar —explica la doctora, mientras ve al paciente leyendo la libreta. El paciente a veces mira, luego vuelve la vista a lo escrito y repite esto varias veces. Parece que capta el sentido del mensaje, pero la doctora en su interior lo duda. Sabe que sin la capacidad de soñar la mente paulatinamente va experimentando un proceso donde gradualmente se disuelve hasta que todas las funciones primordiales cesan y la persona se vuelve un muerto en vida.

—Con lo poco que puedo entender, debo aceptar. No hay otra opción —dice el paciente tras titubear un rato—. Acepto la propuesta.

Después de la entrevista con la doctora el paciente es llevado a un ala especial habitada por otros enfermos como él, personas incapaces de soñar.

Como el resto de los pacientes, él es sometido a regímenes estrictos de alimentación, realizan innumerables exámenes médicos, radiografías, análisis neurológicos, entrevistas y estudios genéticos. Lo que puede recordar lo anota en su cuaderno, aunque en su mayoría las ideas escritas resultan a la vista inconexas. Lo que predomina en el papel son dibujos de peces en los espacios blancos de la libreta.

Vienen y van las enfermeras, los médicos y sus inagotables preguntas clínicas que el paciente responde con ayuda de sus notas; aunque es la doctora quien responde por él. Pareciera que, en realidad, le hacen preguntas para ver el estado avanzado de su enfermedad y no para obtener información de él, información que la doctora provee.

Aun así, el paciente escribe todas las conversaciones entabladas con las enfermeras, todas las cosas que ha comido, los medicamentos que ha ingerido y las veces que ha hecho del baño.

Su estancia dentro del hospital se prolonga durante ocho semanas, en las que ha entablado conversación con algunos de sus vecinos, otros pacientes como él, en distintas fases de la enfermedad. Unos apenas han sido ingresados y no muestran un deterioro tan grave como el suyo; sin embargo, hay otras personas que simplemente ya han perdido la capacidad de hablar y permanecen todo el día boca arriba, mirando a la nada, con los ojos pelones y enrojecidos. Otros son sometidos a cócteles de sedantes para sumirlos en un coma indefinido. Algunos de ellos solo responden a los estímulos con los más básicos reflejos de sus cuerpos, pero otros parecen vegetales, no responden a nada y a la vista pareciera que están muertos.

Esto causa gran impresión en él, al grado de verse en el lugar de sus compañeros más graves. A veces, cuando su mente parece estar viajando de su cuerpo a otro, termina viéndose a sí mismo encerrado en su vecino, hasta que regresa a la cordura tras el breve trance que le parece toda una visión horrorosa.

La falta de sueño y el efecto de los sedantes que lo fuerzan a dormir lo noquean la mayor parte del día. La luz le duele en los ojos, la comida le sabe insípida a pesar de haber en ella ingredientes salados, picantes o dulces, el contacto con su lengua y con el estómago le produce agruras e incluso náuseas que vuelven su descanso en todo un tedio. Y las personas que se mueven alrededor de él en el cotidiano ir y venir de las tareas del hospital no son más que extrañas formas difusas, como sombras o espectros borrosos. Para tratar de calmarse él toma la sábana de su cama o el tejido de su ropa y pasa las yemas de los dedos para sentir su textura. Trata de concentrarse únicamente en eso, en la textura, en la forma, en el volumen y en los olores de algo en específico. Por momentos esto funciona para que su mente no divague demasiado y regrese

la molesta y angustiante sensación de estar viéndolo todo desde fuera.

Durante los intervalos en donde él se siente un poco más calmado y ha recobrado el sentido de la realidad, intercambia algunas palabras con los otros pacientes cercanos a él.

Uno de sus compañeros, con quien ha hablado la última semana, es un hombre de cuarenta años de edad que parece bastante calmado a pesar del mal estado que tiene su cuerpo. Tiene unas ojeras pronunciadas, como si se tratara de dos cráteres en sus ojos, su cabello parece grasoso y quebradizo, y su piel a veces parece amarilla y otras veces es completamente pálida como el cartón, con pliegues y numerosas arrugas que dibujan entramados que más bien parecen la erosión de una antigua montaña.

—¿Cómo ha iniciado usted con la enfermedad? —le pregunta su compañero—. Yo me di cuenta hace una semana y media; me iba a dormir y al despertar sentía que no había descansado absolutamente nada. Creí que era un insomnio normal. Ojalá hubiera sido eso. Pasaron dos semanas más sin poder soñar y todas las cosas se me empezaron a mezclar y llegó un punto en donde fue peligroso para mí hacer tareas tan sencillas como ir al trabajo. Si le contara lo que me ocurrió aquel día... —dice él.

El paciente lo mira con interés, tratando de poner atención a lo que le decía. Quizás hablar con alguien más que estuviera en su situación le permitiera entender mejor la situación, o al menos sobrellevarla.

—Bueno, para no hacer largo el relato, diré que empecé a ver a la gente y a los autos y me pregunté qué eran aquellas cosas; mis ojos veían pero mi cerebro no sabía qué veían los ojos, no sé si me doy a entender... —le dice su compañero—. Entonces entré en pánico, corrí asustado por toda la calle y no sé cómo terminé en una de las estaciones del metro preguntándole a la gente qué día era y quién era yo. Incluso a uno de los choferes del metro le pregunté si podía llevarme a mi casa. Hasta que vino un policía, sacó mi billetera y me mostró la credencial de elector y me preguntó si era yo.

Entonces miré la fotografía y pensé '¡Vaya, pero si ese sujeto se parece mucho a mí!, entonces caí en la cuenta de que en efecto, ese era yo.

El paciente, escucha a su compañero, y mientras las palabras de él llegan a sus oídos, busca entre su cuaderno las notas de las primeras páginas, encontrando párrafos que relatan acontecimientos similares, ocurridos meses atrás.

HOY NO SUPE CÓMO ME LLAMABA NI QUÉ DÍA ERA. VEO EL RELOJ Y NO SÉ QUÉ SON ESAS COSAS QUE TRAE ESCRITAS, PARECEN LETRAS PERO NO SON LETRAS. NO SÉ QUÉ HACEN ESAS COSAS LARGAS GIRANDO HACIA LA DERECHA. HAY OTRA COSA IGUAL QUE HACE UN RUIDO DE CLICK EN POCO TIEMPO. CONTÉ LAS VECES QUE HACE ESE SONIDO POR VUELTA Y SON SESENTA. HE INTENTADO HABLAR A UN SEÑOR EN EL AUTOBÚS Y HE OLVIDADO EL IDIOMA QUE HABLO. LE QUERÍA PREGUNTAR EN DÓNDE ESTÁBAMOS PERO ÉL SOLO ME MIRÓ RARO. LA VERDAD YA NO RECUERDO SI EN REALIDAD LE HABLÉ O LO IMAGINÉ. LAS COSAS QUE RECUERDO HABER HECHO HOY RESULTA QUE EN REALIDAD LAS HICE HACE DOS SEMANAS...

El paciente le muestra sus notas a su compañero y este asiente.

—¡Ah, claro! A mí también me pasó lo mismo. No solo con los números, sino con las letras. Cuando leía el periódico o algún libro no sabía qué eran esas cosas negras y pequeñas como minúsculas hormigas. Se me figuró de repente, que estaba leyendo un nuevo idioma, como el chino. Hay momentos de calma, como ahora, y hay otros súbitos que vienen cuando uno ni preparado está, y es entonces cuando no puedo entender las cosas que digo, ni puedo distinguir a una persona de otra. Como si todas las cosas y todas las personas fueran una enorme masa de lo mismo. Es agotador. Uno siempre está cansado aunque duerma, pero dormir no sirve de nada si la

mente no descansa. La mente sin los sueños nunca descansa. Se quema, como una computadora a la que jamás hubieran apagado. Funciona, eso sí, pero funciona mal, hasta que se le prende fuego de tanto estar y estar así.

—¿Qué le han dicho a usted sobre la enfermedad? —le pregunta el paciente a su compañero.

—Bueno, pues lo mismo que a usted. Que existe un tratamiento nuevo que quieren probar en nosotros —le dice, mientras hojea la libreta del paciente—. Usted dibuja unos peces muy bonitos —le dice, señalando uno de los dibujos de la libreta—. No me acuerdo cuándo escuché que los sueños se originaron en el mar, ¿sabía usted? Lo recordé por los peces. Los peces son del mar. Aunque algunos otros son de ríos, ¿no? Hay peces que viven en los mares y los ríos, arroyos y lagos. Y también hay gente que tiene peces viviendo en pequeñas peceras. Pero en fin, como le decía, no recuerdo quién me dijo que los sueños surgieron en el mar.

—¿En el mar? —pregunta el paciente sorprendido.

—Sí, en el mar. Parece que todas las cosas surgieron del mar —le contesta su compañero.

—¿Cómo es eso? —pregunta el paciente, mientras en la libreta escribe:

LOS SUEÑOS VIENEN DEL MAR

—A ver, ¿cómo era? —titubea su compañero, pero aunque parece que tiene la respuesta se queda en silencio durante dos minutos sin que ninguno de los dos note que ha pasado ese tiempo. Su compañero sencillamente se ha quedado en blanco y tras volver en sí, dice—. ¡Ah, discúlpeme! La verdad es que ya no lo recuerdo. Estoy empeñado a olvidar las cosas que me dicen. Eso fue hace, no sé, quizás una semana, o un mes, o... ¡Oh, ya no recuerdo cuándo me lo dijeron! Mi doctor me lo explicó, pero no sé en qué momento. Creo que necesito hacer lo mismo que usted y anotar todas las

conversaciones en una libreta, así no se me va a olvidar —le dice su compañero—. Una libreta es una buena idea en estas circunstancias. Uno ya no puede confiar en su mente.

—Es muy necesario, créame —le responde el paciente.

—Le preguntaré a mi doctor lo de los sueños y el mar, lo anotaré y se lo contaré. Es algo que prometo hacer —le dice su compañero.

—Bueno, quizás se me olvide el asunto y a usted también —responde el paciente, riendo—. Así tendremos varios pendientes olvidados y nosotros ni en cuenta.

Los dos se ríen de la broma.

HORAS DESPUÉS viene la doctora acompañada de otros médicos y enfermeras. Miran al paciente, a la vez que hojean las notas médicas. Durante la visita la doctora le explica los pormenores del procedimiento al que será sujeto. Le explica que el cerebro del donante muerto será sometido a una serie de procesos químicos hasta separar el onirobionte de las neuronas.

Mientras le explican el procedimiento, el paciente escribe, garabatea y dibuja burdamente a una persona a la que le inyectan en la cabeza el pedazo luminoso del cerebro proveniente de un cadáver.

ABRIR EL CRÁNEO.

INYECTAR LA COSA DE LOS SUEÑOS.

ESPERAR...

6 DÍAS MÍNIMO (?), anota en la libreta, junto a los dibujos del procedimiento del trasplante.

El paciente está de acuerdo con la operación y tras innumerables trámites que incluyen firmas a documentos de bioética, autorizaciones, cartas de descargo de responsabilidad y otros procesos legales, llega por fin el día de la operación.

Cuando los médicos llegan para llevarse-lo a la sala de operaciones, su compañero le desea suerte. Además, se da cuenta de

que llevaba consigo una libreta y una pluma que antes no había. Le sonríe.

—¡Mire, amigo! ¡Ya tengo una libreta, así ya no se me va a olvidar la historia de los sueños y el mar! ¡Mucha suerte! ¡Cuando vuelva de la operación sabrá usted todo sobre los sueños y podrá recordarlo todo por mí! —le dice su compañero, mientras es apartado por los médicos hacia los pasillos.

Llega a un quirófano en donde es sedado con un cóctel de anestesia y otras sustancias desconocidas para él.

Durante esos instantes, el cuerpo del paciente y todo lo que lo rodea está sumido entre telas blancas, y de entre ellas aparecen las figuras de los médicos cubiertas de máscaras, guantes, batas y lentes que ocultan sus rostros.

Él imagina que del otro lado del cuarto de operaciones donde se encuentra, hay un muerto del que están extrayendo una resplandeciente luz, como una pequeña estrella moribunda, y que varias personas batallan para atraparla, hasta meterla en un frasco o alguna otra cosa que pueda contenerla. Nunca ha visto un onirobionte, como tampoco ha visto las partes internas de un ser humano como los órganos. Sabe que no tiene idea de cómo luce un hígado real, ni un intestino ni un pulmón. Tampoco sabe, por supuesto, cómo luce una entidad tan abstracta como un onirobionte. Descubre si el brillo que ha visto en las tomografías es un color artificial creado para hacer visible al fenómeno. Se pregunta, en pocos segundos, si acaso el onirobionte no será una entidad invisible con la que debe lidiar utilizando instrumentos que puedan ver su longitud de onda.

Llegado cierto punto ya no puede imaginar más, pues la anestesia ha hecho su efecto y todo se empieza a transmutar en pura oscuridad. La sensación es algo similar a cuando le aplican el sedante diario, cuando cada noche lo hacen dormir. Sin embargo, el efecto es mucho más fuerte, como si alguna corriente invisible y poderosa lo arrastrara hacia una insondable profundidad.

No sabe cuánto tiempo ha pasado dentro de la absoluta penumbra. Solo puede ver, tras un tiempo cuya magnitud se desconoce, a la confusa luz disipando las tinieblas de su campo de visión. De ella surgen las formas de los médicos quienes empiezan a preguntarle infinitas cosas que no comprende. Prueban sus reflejos y hacen otras observaciones mientras lo toqueteaban aquí y allá. Babea y su mirada se va al techo. No tiene fuerzas para hablar, tras lo cual lo dejan en paz y le colocan unos chupones en la cabeza para medir sus ondas cerebrales.

Pasan los segundos, las horas, los días, y ninguna señal es detectada.

El resultado de la operación es más que evidente.

Sigue sin poder soñar.

—¡AMIGO! —LE DICE su compañero al verlo cierto día de nuevo en la sala común— ¿Cómo ha ido todo? ¿Ya has soñado? ¿Te curaste?

El paciente no reconoce a su compañero. Hace un ceño en la frente que delata su confusión. Las punzadas en la cabeza se hacen presentes y recorren sus ojos y llegan hasta sus dientes.

Busca algún rasgo familiar en el semblante de su interlocutor.

—En su libreta —le dice su compañero— Busque en su libreta —le dice.

Entonces él busca entre las páginas de su libreta y encuentra escrito que el sujeto que le está hablando es su compañero.

—Lo olvidé, perdón —le dice, balbuceando, aún bajo los efectos del dopaje—. Estoy vivo, eso sí. Pero los médicos entienden que mi cuerpo ha rechazado al onirobionte, por lo que quieren intentar con otro donante.

—¿Otro donante? —le pregunta su compañero— Es decir, que le van hacer otra operación, ¿no?

—Sí, es correcto. . .

—¿Y qué piensa hacer usted? A lo que entiendo es un procedimiento complicado. Hay que abrir el cráneo y quién sabe qué otras cosas más rebuscadas.

—Voy a acceder —le responde el paciente.

El compañero lo mira con sorpresa.

—Vaya, otra operación como esa debe ser agotadora. Pero todo sea por volver a soñar —le dice el compañero—. Sin el sueño uno solo puede aspirar a morir.

El paciente hojea la libreta y junto a la descripción de su compañero y los temas que hablaron hace semanas encuentra la mención de los sueños y el mar. Cuando le recuerda a su compañero el tema, este no parece reconocer de lo que habla. Hasta que busca en su propia libreta y se da cuenta de que ha olvidado preguntarle a su doctor sobre el origen de los sueños.

—Le prometo que le preguntaré a mi doctor la siguiente vez que lo vea. Lo prometo. Se me ha olvidado otra vez. Ya sabe cómo es esto, los días pasan y la memoria es cada vez peor —le dice su compañero.

TRAS VARIOS MESES de estudios y de espera de un nuevo donante cadavérico, el paciente ingresa de nuevo al mismo quirófano, le abren otra vez el cráneo, inyectan el nuevo onirobionte y monitorean sus ondas cerebrales sin resultado alguno.

Los médicos, sumidos en la frustración, no entienden porqué todo ha sido un fracaso. Discuten interminablemente todas las variables implicadas, pero nadie logra encontrar una resolución al problema, por lo que el asunto queda suspendido en un absoluto misterio.

¿Será que no es posible transferir los sueños de persona a persona? Pero, ¿cómo? Si entre animales es posible hacerlo. Quizás, razonan los médicos, el sistema onírico del organismo humano tiene un sistema mucho más complicado para ensamblarse al sistema nervioso. No es simplemente colocar al onirobionte en un nuevo cerebro, sino que la más mínima variación en el cerebro de cada persona determina si existe la aceptación o el rechazo total. Pasó con los primeros trasplantes de órganos; a veces eran un éxito y otras veces terminaban con el órgano destruido por el sistema

inmune. Bajo estos razonamientos, los médicos, entre discusiones, teorías y frustraciones, algunos llegan a pensar que los sueños tienen incluso un sistema inmune. Por eso será, razonan, que incluso cuando una persona que es capaz de soñar se enferma gravemente desarrolla pesadillas. Quizás incluso los sueños tienen su lucha contra las enfermedades infecciosas.

Pero todo se queda en eso, en conjeturas, en ideas sobre la posible evolución en que los sueños se ensamblan en diferentes taxones del reino animal y qué sutiles pero importantes diferencias hay en cada especie.

Todo se queda en eso, en habladurías. Lo que importa ahora es que todas esas ideas sirvan para algo práctico e inmediato.

Los médicos contactan con biólogos, virólogos, veterinarios, infectólogos, neurólogos y todas las personas que sepan sobre la evolución, la vida y los sueños.

Unos dicen que el cuerpo humano tiene un nivel de complejidad muy alto y que eso resulta en una paradoja, al determinar que el intercambio de partes entre un cuerpo a otro resulte más riesgoso. En cambio, si se hace con una especie con un nivel de complejidad mucho menor el riesgo podría ser menor. El sistema inmune de los reptiles o los peces es más sencillo que el humano; no existe la abrumadoramente grande cantidad de factores que, por más pequeños que sean, resulten en el rechazo de un órgano y su dramática destrucción. Algunos de estos científicos proponen que mientras más atrás en la línea evolutiva se vaya, uno encontrará un animal que resulte un candidato ideal para trasplantar sus sueños a los humanos. Así como algunos médicos ya usaban la piel de las tilapias para tratar las quemaduras de personas, siendo mucho mejor que utilizar injertos de piel, quizás utilizar el onirobionte de una especie evolutivamente más distante del ser humano podría ser la solución.

El punto es que todo esto era teoría, hipótesis y conjeturas. Había que poner a prueba todas esas ideas, ver si funcionaban y no terminaban en una tragedia.

Aquí y allá, en todas las ciudades y países

donde la enfermedad se ha diseminado sin control, se publican miles de artículos científicos como el pan caliente. Por la urgencia algunas de estas investigaciones no han sido debidamente revisadas, por lo que hay errores que son descubiertos una vez se intentan replicar los resultados.

Los científicos leen cuanto pueden, tratando de atar cabos, aunque, entre tanta información se vuelve difícil, no por decir imposible, discernir qué datos son relevantes y válidos.

¿A cuál investigación creerle?

Es cierto que la urgencia de la situación ha dado prioridad a investigar sobre el trasplante de sueños y sus posibles soluciones, pero entre tantas discusiones, entre tantos trabajos, todo se vuelve difuso, incomprendible.

El agotamiento llega también a los científicos, a los médicos, a todas las personas. En la televisión y en las redes sociales no se habla más que de la enfermedad de los sueños. Por primera vez, términos científicos como *simbiosis*, *holobionte*, *onirobionte*, *onirometrías* y otras palabras, pasan al uso común de la gente, aunque no bien se sepa qué signifique cada concepto.

¿Cómo pudo surgir la enfermedad? Nadie lo sabe, solo hay conjeturas.

Pudo haber sido la contaminación de los microplásticos, cuyas partículas diminutas se acumularon durante generaciones en los seres humanos, hasta destruir el soporte del onirobionte e intoxicar al cerebro. Quizás pudo ser también un nuevo tipo de virus que infecta al onirobionte, matándolo y provocando la ausencia de sueño.

O tal vez fue el sol y su radiación; la ingesta de tal o cual comida...

Todo cae en la incógnita. Sobre todo al estudiar a los demás animales no humanos y encontrar que ellos sí sueñan.

Algunos piensan, angustiados, en que si los humanos no serán los primeros de muchos animales en perder el sueño. En ese caso, ¿cuánto tiempo quedaría hasta que los sueños desaparecieran de todo el árbol de la vida?

Pero, la respuesta a estas preguntas es solo una de muchas incógnitas. Quizás esto sería algo transitorio, quizás sería algo exclusivo en los humanos y desencadenaría su extinción. O quizás ninguna de estas cosas.

Para llegar a responder algo tan complejo se necesitarían no años, sino décadas de investigación, de prueba y error, para resolver el enigma.

En un periodo de unos cuantos meses, era imposible resolver tantos campos del conocimiento vacíos.

Lo único que está al alcance de la mano no es encontrar el origen, las causas y las implicaciones evolutivas en los seres humanos de la pérdida del sueño, sino cómo volver a soñar.

Primero hay que encontrar un donante idóneo que el sistema nervioso humano no rechazara.

Después se podrán investigar las demás conjeturas, si no es que es demasiado tarde cuando llegue ese momento.

TRAS EL PASO de unas semanas confusas, la doctora le cuenta al paciente sobre un nuevo tipo de trasplante. En laboratorios de distintas partes del mundo se hizo patente que había un organismo que podría ser un excelente candidato para la transferencia de sueños a los humanos.

—Uno de los sistemas oníricos más estables en el reino animal es el de los peces. A pesar de la contaminación del océano los peces siguen soñando sin ningún problema, contrario a nosotros, que no logramos transferir nuestros propios sueños —le explica ella.

Entonces, el paciente revisa sus notas, encuentra la página donde menciona a su compañero y el tema de los sueños y el mar.

—¿Peces, dice usted? —le pregunta el paciente a la doctora mientras le señala la hoja de la libreta.

Ella asiente y se acerca para leer.

—¡Ah, ya veo! —le dice ella—. Sí. Los sueños se originaron en el mar muy probable-

mente.

—Y eso, ¿cómo lo saben? ¿Cómo llegaron a saber eso?

—Bueno —dice la doctora—, el onirobionte tiene un genoma muy distinto al del ser humano por lo que es posible rastrear en qué animales ha estado. Así, se llegó al hallazgo de que el genoma de los sueños está presente en todos los animales con sistema nervioso. Sabe usted, los primeros animales en existir habitaban los mares.

—Entonces —interrumpe el paciente—, los primeros en soñar lo hicieron en el mar, ¿no?, como los peces.

—Así es.

—¿Por eso van a abrirle la cabeza a un pez? —le pregunta el paciente a la doctora.

—De hecho sí —dice ella—. Tiene que ver con eso. Aunque en realidad los animales con sistema nervioso más antiguo son las hidras, unos invertebrados. Pero son los peces los organismos cuyo sistema de sueño tiene más similitud con todos los vertebrados. No es ni muy sencillo ni tan complejo. Sino que está en un término medio, ideal para experimentar.

—¿En verdad? —exclama sorprendido el paciente.

—Sí —le dijo la doctora.

—Y sobre los sueños, tengo la duda, ¿cómo surgieron? ¿Fueron esas hidras que menciona usted las primeras en soñar?

—¿Las hidras? No. Ellas aparecieron mucho después de la primera criatura que soñaba. De hecho, en un inicio no existían criaturas con la capacidad del sueño.

—A ver si estoy entendiendo —interrumpe el paciente. ¿No existía el sueño? Entonces, si no podían soñar su cerebro se quemaba como el mío y se morían, ¿no?

—Algo así —le responde la doctora— Hace mil millones de años había dos tipos de criaturas. Las primeras tenían un cerebro que colapsaba por la sobrecarga de estímulos, así que no duraba más que un par de semanas, como si fuera una máquina que está encendida todo el tiempo y se quema.

Justo lo que dijo sobre que el cerebro se quema. Por eso es importante el sueño. El cerebro se recupera cuando soñamos, la gente se siente descansada. No solo la gente, sino todos los animales que existen — dice ella.

—¿Qué hay de las segundas criaturas? — le pregunta el paciente— Usted mencionó que había dos tipos de criaturas, pero hasta ahora solamente ha mencionado a una.

—Sí, sí, eran dos criaturas. Las segundas eran los onirobiontes. Eran devorados por los primeros animales y se defendían de ellos intoxicando su cerebro al generar estímulos irreales en todas sus neuronas, creando algo similar a una alucinación que los adormece.

—¿Alucinaciones? Eso suena como a una droga. —le dice el paciente, anotando en su libreta lo que acaba de escuchar.

—Se parece mucho el mecanismo del sueño a la intoxicación por drogas, sí, definitivamente. Hay una sustancia, el DMT, que se produce durante los sueños y también por sí misma el DMT es una droga muy potente.

—Esa cosa, ¿esa cosa lo produce el onirobionte? ¿Entonces no se podría usar esa sustancia, el DMT para curar la enfermedad? Simplemente me inyectan DMT y listo, vuelvo a soñar.

—Ya lo hemos intentado y no funciona. Lo hicimos en peces, en ratas, en hidras, en gusanos, en pájaros y en personas. Nada de nada —le contesta la doctora—. Los sueños son un proceso muy difícil de replicar, no es solo una sustancia y ya. Son muchas, pero muchas cosas que no hemos logrado entender del todo. Para soñar se requiere obligadamente un onirobionte.

—Me estaba contando sobre esas criaturas, los onirobiontes y cómo intoxicaban el cerebro de sus depredadores. ¿Así se originaron los sueños? ¿Por eso esas cosas viven dentro de los cerebros de los animales?

—Básicamente sí —le responde la doctora—. Los depredadores que en un inicio se comían al onirobionte se volvieron dependientes de las alucinaciones sensoriales que producían y se entabló una relación simbiótica.

—Dice usted que se volvieron dependientes, es decir, que se volvieron adictos a los efectos de las toxinas del onirobionte. Es como el chile, que se defiende de ser comido, pero a los humanos nos gusta su sabor y nos hemos vuelto aficionados a comerlo.

—Sí, sí, algo así, algo así —contesta la doctora, emitiendo una leve sonrisa por la mención del chile y cómo a pesar de defenderse con su sabor picoso es devorado por los humanos.

—Entonces. A ver, si lo he comprendido, descendemos de unos animales que hace millones de años se volvieron adictos a los sueños, ¿no? ¿Se podría decir que eran adictos o es una palabra muy grave?

—Dependientes es la palabra adecuada —contesta la doctora, seria—. El sueño no es una adicción, sino una necesidad vital, como respirar. ¿Se imagina que no pudiera respirar? Lo mismo con soñar. Es un proceso fundamental. Bueno, como le decía, cuando el onirobionte se integró en el sistema nervioso los animales empezaron a soñar y su cerebro encontró la forma de descansar, restaurarse, hacerse más complejo, más grande, captar mayor información sin desestabilizarse y evolucionar hasta el sistema nervioso de las especies modernas.

—Eso es como un parásito, ¿no? Esa cosa vive dentro de uno.

—Más bien es un simbiote. No un parásito. Los parásitos se alimentan de su huésped hasta matarlo. Pero el onirobionte no. Al evolucionar dentro del cerebro de los animales el onirobionte ya no tenía que exponerse a la intemperie ni buscar comida ni ser presa fácil de los depredadores. Esta criatura le daba a los animales el don de los sueños y el descanso. Como resultado se formó una relación benéfica entre ambos en donde las dos especies involucradas dependen una de otra; si alguna desaparece, la otra muere.

—Es lo que me está pasando. No poder soñar, no tener al onirobionte, mata... — dice el paciente.

La doctora asiente, mientras lo ve escribir en la libreta y hacer dibujos de peces y

unos garabatos parecidos a telarañas que, según pudo deducir, se trataba de un burdo intento por dibujar a un onirobionte siendo engullido por un pez prehistórico.

—Sin el onirobionte no podemos soñar, ¿no? —dice el paciente— Y sin el sueño nuestro cerebro se quema, colapsa y morimos...

—Veo que ha captado muy bien la idea —dice la doctora, felicitándolo por haber recordado la conversación.

—Sin el onirobionte los animales se mueren. Su cerebro se destruye —murmura para sí.

Luego escribe esas palabras en la libreta.

—Doctora, ¿todos los animales sueñan? —le pregunta el paciente.

—Así es —le responde la doctora, a pesar de que hace unos instantes le acababa de decir que todos los animales sueñan—. Todos los animales lo hacen, desde las hidras, pasando por las moscas, cucarachas, libélulas, reptiles hasta los humanos.

Sobre la libreta el paciente escribe:

TODOS LOS ANIMALES SUEÑAN.

—¿Con qué sueñan los animales, doctora? —le pregunta el paciente.

—Se sabe por ejemplo, que los gatos sueñan que cazan, las aves sueñan que cantan y los peces sueñan que nadan. Todo eso se sabe al estudiar las ondas cerebrales de todas esas criaturas. Los humanos, sueñan con que van al trabajo, que ven una película, que salen a caminar, que ven a alguien, o incluso que están en el baño. Otros sueños son más fantasiosos.

El paciente mientras anota lo que le dice la doctora logra comprender que todas las criaturas sueñan con sus vidas, con situaciones que podrían ocurrir en la vigilia.

—Los onirobiontes, además de evitar el colapso de la mente por medio de los sueños, entrenan a sus huéspedes para la vida. Así ha sido durante miles de millones de años. Los sueños son como un simulador de la realidad —le dice la doctora.

—¿Un simulador?

—Sí, un simulador. Si no fuera por el onirobionte y por los sueños que produce en el cerebro de los animales, me temo que la evolución hubiera tomado caminos muy distintos. Quizás no existiríamos —le dice la doctora.

El paciente escucha, anota y se queda en silencio leyendo todas las notas que ha escrito.

¿PODRÉ VOLVER A SOÑAR?, escribe, mientras dibuja un pequeño pez revoloteando entre esa pregunta.

Se queda como hipnotizado al ver el dibujo de un pez. Ve sus escamas, aletas, ojos y burbujas saliendo de sus bocas.

Escribe en letras grandes:

SOÑAR LO QUE SUEÑA UN PEZ. SOÑAR CON EL OCÉANO.

Después, su mirada se pierde y en su mente se forma un omnipresente blanco.

Ausente, otra vez.

Después de ese lapso, recobra su concentración y su mirada se dirige al cuaderno.

Lee lo que acaba de anotar y lo repasa.

—Que no se me olvide, que no se me olvide, que no se me olvide... —dice en trance, en voz baja.

—¿Sabe algo? —le interrumpe la doctora—. Hay algo que podría serle de ayuda durante su estancia aquí.

La doctora lo escucha y lo observa con atención. Se levanta de su asiento y va a uno de los libreros que hay dentro de su oficina y toma dos libros y se los da al paciente.

Él los recibe y los mira perplejo.

En uno distingue en su portada a un cardumen de peces.

Lee el título lentamente:

PECES DEL MUNDO

Abre el volumen y encuentra en sus páginas un sinnúmero de fotografías de peces de muchas variedades.

El paciente se siente emocionado, toma una página tras otra y las ojea rápidamente, mirando con atención cada pez que se encuentra.

—¡Es un libro de peces! ¡Peces! ¡Me gustan mucho los peces!

Mira también el otro libro.

—Ese otro es sobre lo que se sabe de los sueños. Ahí se habla de una forma más sencilla sobre el onirobionte —le dice la doctora.

Al abrir ese libro también encontró peces rodeados de una extraña aurora azul, como un espectro fantasmal rodeando su cabeza.

—¡Aquí también hay peces, doctora! ¡Hay más peces! —le dice, gritando eufórico.

—Me imaginé que le gustaría hojearlos para cuando tenga alguna duda. Está bien anotar en la libreta, pero a veces uno no entiende su propia letra y estos libros tienen unas ilustraciones que seguro le gustarán. Así cuando tenga sus lapsos de ausencia podrá mirar a los peces.

—¿Cómo dice?, ¿me está dando estos libros para que me los quede en la cama de la sala?

—Sí, sí —le responde la doctora—. Son para usted. No solo para su estancia aquí, sino para que se los quede. Son un regalo de mi parte.

—¿En serio, doctora? ¡Peces! ¡Un libro con peces! ¡Muchos peces, doctora, aquí hay muchos peces! —le dijo, emocionado.

Por un momento, entre aquella estancia tan lúgubre, el paciente pudo olvidar por un momento el fantasma de su enfermedad.

—No lo agradezca, por favor —dice ella—. Por todo lo que usted pasa algo como esto le hará bien —añadió la doctora—. También estaba pensando en una excursión que a usted seguro le hará mucho bien.

—¿Una excursión? —le contesta el paciente. Se nota ansioso y a la vez emocionado. Muchas cosas han pasado en poco tiempo, así que la idea de una excursión

le parece algo intrigante—. ¿Una excursión de qué?

—A usted le gustan los peces y mirarlos realmente es algo relajante. Así que he planeado una visita al acuario de la ciudad, antes de que sea la operación y todos los procesos que le siguen. Visitar el acuario, creo, será beneficioso.

El paciente no responde. Se muestra incrédulo por la declaración de la doctora.

—¿Acuario?! —contesta el paciente, emocionado—. Significa que veré peces... ¡voy a ver peces!

ESTÁ RECOSTADO en su cama. Alrededor todo sigue siendo igual de monótono. Los médicos traen sus instrumentales y las enfermeras hacen las revisiones diarias de todos los pacientes.

—Amigo —dice la voz de su compañero desde el otro lado de la cama.

Él vuelve a las notas de semanas atrás para recordar que aquel sujeto es compañero suyo y que han tenido varias conversaciones.

Se da cuenta de que su compañero también tiene una libreta como la de él, en donde ha anotado varias cosas.

—Nos conocemos, ¿no es así? —le dice su compañero a él—. Por lo que veo en mis notas ya ha pasado algo de tiempo desde que nos conocimos. Creo que mi memoria empieza a fallar más y más —le dice su compañero, mientras lee la libreta.

—Sí —contesta él—. Nos conocemos desde hace tiempo.

En ese momento, el paciente toma los esbozos de la conversación que tuvo con la doctora donde le explicó el origen de los sueños y el mar.

Él le comenta eso a su compañero y este responde con sorpresa, pues ha olvidado de nuevo preguntarle a su doctor la historia de los sueños.

—¡Siempre olvido preguntarle! —le dice su compañero—. Él no es como su doctora

que me permite anotar las cosas con tranquilidad. Simplemente me sermonea con las cosas médicas y no me da tiempo de anotar todo lo que dice. Y encima cuando quiero buscar en mis notas él me sale con otra pregunta y olvido lo que estaba buscando —le explica su compañero.

—Bueno, ya no tendrá que buscar en sus memorias cuando venga su doctor, la mía me ha contado la historia completa del origen de los sueños y ¡además me dio esto! —le dice a su compañero mostrándole los libros que le dio la doctora.

—¡Vaya, pero si son dos libros muy bonitos! ¡Ese de ahí tiene un cardumen muy bonito y el otro un pez con una cosa como no sé! ¿Qué es eso?

—Ese es un pez y su onirobionte. La doctora me dio este libro porque habla de la historia de los sueños y el onirobionte. Ya no tengo que anotar todo. Ahora puedo abrir el libro y como tiene imágenes de peces me hace sentir bien y de paso aprendo sobre los sueños en sus muy lejanos inicios.

—Me gustaría oír su origen, si le soy sincero. Pienso que nunca me acordaré de preguntarle a mi doctor —dice, riendo.

Así, el paciente le contó a su compañero la historia de los sueños y el mar. Leía las palabras del libro de la historia de los sueños y sobre el onirobionte y su compañero, entusiasmado por la información, empezó a anotar también en su libreta las principales ideas claves del relato...

—No, no. Deja de anotar —le dice el paciente a su compañero—. Toma el libro —le dice.

—Pero, es tu libro, ¿y si se me olvida regresarlo?

—Anotas que te lo he dado. Y además quiero que sea nuestro libro. De los dos. Así podremos leer sobre el onirobionte cuando queramos.

—¿Compartir el libro?

—Sí, ¿por qué no? Cuando leas el de los sueños yo leeré el de los peces y cuando tú leas el de los peces yo tendré el de los sueños. Aparte, ¿no te parece aburrido todo esto? Camas, sábanas, medicinas, sedantes. Un poco de color y de mar, aunque sea impreso, no hará mal.

—¡Vaya, en verdad que es una buena idea! —le dice su compañero.

El paciente le acerca el libro a su compañero.

—Ahora te toca continuar a ti.

Entonces su compañero continuó con la lectura sobre los sueños y su origen hace miles de millones de años en el mar prehistórico.

—¡Es una historia increíble! —dice él—. Ahora que lo tengo aquí en el libro no lo olvidaremos nunca —agrega—. Espero puedan dar con la cura de esto —le dice.

—Por eso quieren hacerlo ahora con peces —le dice el paciente a su compañero— como el que está en la portada. Esa cosa azul que parece como una aurora brillante, es el onirobionte de los peces viviendo en su cerebro. Esa cosa de los peces la quieren pasar a los humanos.

—¿De los peces? ¡Ah, ya entiendo! Como los peces son del mar y hay peces desde el inicio de los tiempos deben ser los animales que más años han convivido con las criaturas de los sueños —reflexiona su compañero—. Tiene bastante sentido. Lo único malo, para mí, es que a los pobres peces les van a quitar la capacidad de soñar y van a estar tan locos como usted y yo —agrega—. Ciertamente es algo desolador. Quitarle los sueños a los peces para darlos a la humanidad. Ahora yo me pregunto, ¿quién le dará de vuelta los sueños a los peces?

Los dos asintieron en silencio, mientras anotaban las respuestas de su conversación en las libretas.

—¿Cree usted que resulte este tratamiento, que los peces sean nuestra salvación? —le pregunta a su compañero.

—Eso nadie lo sabe —le dice su compañero—. Ya ve lo de las ratas. Funcionaba, eso sí, en ratas, pero en humanos no. Ahora esto, es cosa de suerte creo yo.

—Será algo que sabremos en breve, cuando sea nuestro turno —le dice él a su compañero.

—Espero que funcione. De lo contrario voy a tener que usar otra libreta, la mía ya

se está llenando. Imagine usted, usar dos libretas para recordar lo que hablamos hace un par de días; capaz que me equivoco de libreta y lo olvido a usted y a todas las cosas, o peor, ¡quizás se me olvide que tengo más libretas! —le dice su compañero, riendo.

—Me olvidé de comentarte algo — interrumpe el paciente, entre risas.

—¿Que se le ha olvidado decirme algo? Vaya, eso aquí ya no es ninguna sorpresa la verdad —responde, burlón.

El paciente tenía su vista en una de sus páginas, del día en que habló con la doctora y le dio los libros de los peces.

—Mi doctora ha organizado una visita al acuario —le dice el paciente a su compañero.

—¡Al acuario! —exclama su compañero—. Eso sí que es una buena noticia. ¿Quién irá? ¿Usted solo?

—Eso no lo había pensado. Imagino que los pacientes que están inconscientes, por claras razones, no podrán trasladarse —le responde.

—Quiero imaginar también. Será cosa de esperar a que llegue el día y ver qué ocurre —le dice su compañero.

—Llevaré mi libreta, me gustaría dibujar algunas de las criaturas que hay en ese lugar —le dice el paciente.

—Yo hace mucho que no voy a un acuario. Bueno, decir eso es ambiguo, pero sé lo que es un acuario y lo que alberga. Pero sé que no he ido en mucho tiempo. No sé cuándo fue la última vez. Lo he olvidado —se ríe—. Pero sin duda es uno de esos sitios que me gustaría visitar antes de que mi mente se convierta en un pedazo de carne carbonizada.

—A mi también —le responde el paciente a su compañero—. Yo tampoco recuerdo cuándo fue la última vez que fui a un acuario.

—Bueno —le dice su compañero—, pues ya podrá escribirlo en la libreta y no olvidarlo ¡Sobre todo los dibujos!

DE ENTRE TODAS las criaturas que hay

nadando en las enormes peceras del acuario, los tiburones gato son lo que más le han llamado la atención. Nadan tranquilos, mientras su cuerpo oscila y la luz que atravesaba la densidad del agua es reflejada en sus escamas y se deforma con un resplandor similar al metal. Los tiburones gato se dividen en varios grupos. Unos de ellos se dedican a nadar por lo largo de la pecera y otros se encuentran descansando en el suelo junto a otras pequeñas criaturas que flotan junto a las partículas de arena marina. El gran vidrio permite a todos los visitantes observar a las criaturas con el mayor de los detalles. Es como estar en el mar y al mismo tiempo no estar.

La visita ha durado varias horas y junto a él están la doctora, acompañada de varias enfermeras, un pequeño grupo de pacientes cuyas mentes no se habían vuelto una tabla en blanco y sus familiares. La visita ha sido algo así como un día de convivencia, idea para despejar la mente y meterse en otros ambientes.

Mientras tanto, él escribe todo lo que puede, mientras el guía le indica las características y particularidades de cada especie marina.

Conoce al ajolote y su manía por comerse a sus hijos. También ve algunas anémonas de mar encerradas en una pequeña vitrina con agua salina; su forma es de pólipo y recuerda a un pasto multicolor y se sorprende que esa criatura en apariencia tan sencilla posea un fuerte veneno. En otra sala hay una pareja de morenas, enormes, mostrando sus afilados dientes mientras descansan en un improvisado ambiente con rocas y algas que recuerda a su hábitat en las profundidades de los arrecifes. Ve también unos pequeños peces cebra que brillan gracias a una modificación genética que las hace resplandecer como focos. Otras de las criaturas que ha conocido en el recorrido es un grupo de esponjas marinas. Inmóviles, coloridas, algunas de formas ameboides y otras parecidas a los tubos de un órgano musical. Hasta ese momento él había asumido que aquello era una planta o simplemente un mineral, pero su sorpresa es grande cuando el guía les

explica a todos que las esponjas son animales como él y como los peces.

—Son de los animales más antiguos de todo el mundo —dice el guía.

En ese momento el paciente se acerca a la doctora y susurrando le pregunta:

—¿Las esponjas también sueñan?

—Creo que no —le responde— Dudo mucho que sueñen. No poseen cerebro ni nervios; nada de sistema nervioso.

Entonces el paciente, dominado bajo un trance, se ve a sí mismo sobre el reflejo de la pecera donde se están las esponjas. Se siente como ellas, sin poder soñar. Por un momento la idea de ser una esponja le parece extraña y hasta cierto punto aterradora.

—¿Tienen órganos, como nosotros? —le vuelve a preguntar—. ¿Pueden trasplantar sus órganos?

El guía se acerca al paciente y la doctora, ya que escuchó la pregunta y le ha parecido intrigante.

—Interesante —dice el guía— realmente interesante. Aunque son animales, las esponjas no tienen tejidos ni órganos. Pero hay algo en ellas que recuerda mucho al trasplante de órganos.

El paciente escucha y anota; a veces la sensación de irrealidad se hace presente y lo hace perder el hilo de las cosas que dice el guía. Los objetos alrededor suyo se difuminan y los sonidos se convierten en ruidos distorsionados. Sin embargo, como si de una especie de oleaje, las malas aguas paran y al terminar ese trance, mira su cuaderno y se da cuenta de que ha anotado algunas ideas:

SI SE JUNTAN DOS ESPONJAS DIFERENTES, SE MATAN ENTRE SÍ. PASA LO MISMO CON EL RECHAZO DE LOS ÓRGANOS.

El paciente lee en voz alta esas palabras. El guía nuevamente escucha lo que dice.

—¡Sí, así es! —dice—. Por eso se piensa que el sistema inmune y las esponjas en realidad tienen mucho en común. ¿No es curioso?

—Aquí escribí que... se aniquilan entre sí cuando son diferentes... ¿no? —pregunta el paciente, tartamudeando.

—Como todo un cataclismo —le responde el guía.

El paciente se queda callado. La doctora nota esto y tras preguntarle qué le pasa él le dice que tiene miedo que le suceda algo similar a cuando dos esponjas diferentes se juntan..

—¿Eso? —pregunta la doctora.

—¡Sí! ¡Justo eso! ¡Como las esponjas! ¡Si mi cerebro rechaza el onirobionte entre los dos se destruirán! —le confiesa, sollozando.

La doctora trata de calmarlo.

Él ya no recuerda los siguientes minutos ni lo que le dice. No lo anota y por lo tanto le es imposible saber la sucesión de hechos.

Lo que recuerda es que después de eso está sentado en la última parada, frente al gran tanque de los tiburones gato.

Su mirada está fija ante estos animales.

El tiempo ahí es como si no existiese.

Mirar a los grandes peces recorrer el agua, en silencio, se convierte por un momento en toda la existencia.

Ve a través del cristal y sobre este también puede verse reflejado.

Él piensa en el cuerpo de esos animales, tratando de imaginar cómo sería ver a través de sus ojos, respirar por sus branquias y sentir la temperatura del agua rodeando todo su cuerpo.

También se pregunta si los tiburones gato de hasta abajo, los que descansan, no estarán soñando.

¿Sería de estos peces donde sacarían el próximo onirobionte?

La doctora, a unos metros, vigila a los pacientes en conjunto con las enfermeras. El murmullo de los familiares al hablar le parece un ruido blanco y por momentos ella se siente tranquila; no ha ocurrido ningún incidente del cual preocuparte.

Mientras tanto, ella mira al paciente. Ve cómo él se acerca al cristal del enorme tanque para tocarlo y ver desde todas las pers-

pectivas a los tiburones gato.

Ella se acerca a la libreta de él, en uno de los asientos y puede ver, al estar abierta, algunos de los dibujos de los peces que ha hecho. Hay unos que se parecen mucho a lo que está viendo.

Tiburones gato por toda la hoja y él entre ellos, nadando.

De alguna forma ocurría eso.

Él a escasos centímetros del agua, solo por la división de un enorme cristal, y del otro lado un hábitat donde los sueños todavía existen.

A PRIMERA HORA el paciente es llevado de nuevo a la sala de operaciones.

La anestesia entra en su cuerpo, la máscara de respiración se posa sobre su boca y nariz, la luz del quirófano aluza su cara y ojos; lo observan las máscaras y los lentes de los neurocirujanos; los guantes sostienen los bisturís, el taladro emite su maquinaal sonido y su broca gira veloz en dirección a su cabeza.

Él no puede verlo, pero del otro lado de la habitación, contenido en un tanque con un líquido espeso y viscoso, se encuentra el onirobionte. Los médicos trasladan con cuidado el tanque y su intenso resplandor celeste cuyo núcleo es una criatura, o más bien, una entidad informe suspendida en el líquido. Quien la viera podría pensar que aquello se trata de un manto de energía o quizás el aliento de una nebulosa contenido en la pecera.

Mientras tanto, en el quirófano la vista

del paciente se apaga y sus oídos se van quedando sordos.

Deja de sentir su cuerpo y se percibe suspendido en ninguna parte.

Luego una oscuridad silenciosa surge sigilosa hasta engullirlo.

Tras la penumbra surge un tímido punto de luz que va expandiéndose poco a poco hasta inundarlo todo de claridad.

Reconoce que esa luz no es la del quirófano.

Siente que algo lo envuelve y que flota.

¿Sobre qué flota?

Mira hacia arriba y distingue la luz del sol deformada por el cristal del agua y las olas.

Hay un profundo azul, una atmósfera completamente líquida y densa, el atronador ruido de las corrientes oceánicas entrechocando unas tras otras y arrastrando su cuerpo junto a la marea.

Ve pasar a los cardúmenes de peces plateados nadando frente a él y las algas balanceándose tranquilamente en todas direcciones.

Está en el océano y su vista es la de un pez.

Por primera vez, después de tanto tiempo con aquella enfermedad, ha vuelto a soñar.

a Mario Bellatin

Contacto de tercera fase

Pérez, Víctor H.

Había pasado mucho tiempo desde el último contacto (según la medida terrestre). Nombres como Quetzalcóatl y Viracocha solo eran parte de leyendas de algunos pueblos primitivos. Pero ya los habitantes del tercer planeta habían alcanzado un desarrollo técnico lo suficientemente grande como para poder establecer contactos con civilizaciones de otros mundos. Los dos exploradores sobrevolaron el tercer planeta en una nave de reconocimiento. Habían adoptado formas terrestres, las formas que según imágenes tomadas previamente eran las más gratas y bellas para los habitantes de este mundo: eran altos y rubios, de ojos azules y vestían trajes de contención interestelares adaptados al protocolo, llenos de broches, estrellas y cremalleras incluyendo protectores ópticos de luz visible (la luz solar era muy fuerte para ellos).

Aterrizaron en una urbe en ruinas. Sig-

nos de combate eran evidentes: varios bio-humanoides carbonizados, uno infantil lamentándose hasta la agonía y mucho líquido vital coagulado en el suelo enrojecido. Caminaron por aquel lugar lleno de muerte preguntándose qué había ocurrido, al pasar una esquina hallaron a un hombre callado, los ojos vacíos, el gorro sucio. ¿Dónde están los demás?, le preguntaron tocándolo. Él se encogió de hombros y le señaló una calle estrecha entre dos edificios adornados con un quemado cartel en caracteres cirílicos. Montaron el todoterreno y se fueron por allí. Al aproximarse una detonación masiva destruyó el vehículo. El hombre del gorro miró con odio hacia el callejón y gritó, rusos de mierda, y mientras los restos de metal retorcidos ardían con fuerza llamó al resto de los miembros de la guerrilla urbana de Járkov que permanecían emboscados.

El señor Satán

Dabrowski, Christopher T.

Juanito vió a un chivo negro.

—¿Quién eres? —preguntó el pequeñín.

¡Yo soy el Señor Satán!

Matías escondido en unos arbustos se divertía mucho viendo la cara de su hermano menor.

No hay nada mejor que una alucinación buena —pensó y guardó un “perturbador” de las ondas cerebrales (su último invento).

En ese momento, se abrieron los cielos y el chico vio a un hombre barbudo, vestido de un traje blanco.

—¿Q – q – quién e –e –eres? — tartamudeó asustado.

Soy tu Dios, ¡Pecador! —vociferó la aparición milagrosa.

¡Dios mío!

Un ser extraterrestre observando al chico desde su vehículo invisible, se divertía mucho al verlo desmayarse.

No hay nada mejor que una alucinación buena —muriéndose de risa, se felicitó a sí mismo por un chiste tan gracioso.



!!!Espada láser!!!

Rizo, J.P.

A los buenos viejos amigos.

El huracán pegó de verdad a cosa de un minuto antes de medianoche. Las ráfagas de viento restallaban una tras otra, sin descanso, ¡cómo si al mismísimo señor en lo alto le estuviese dando un soberano ataque de tos! Los tres hombres idénticos permanecían dentro del carro de policía parqueado en el callejón. La ciudad estaba sin luz. Solo se podían oír las pesadas gotas volando con el viento. El oficial Brian observó con inquietud la forma en que se tambaleaban esos transformadores eléctricos, tan macizos en sus enclenques postecillos. Decidió mejor mover la patrulla hasta la otra esquina y ganar una mejor visión de la calzada. Los otros no dijeron nada cuando él apagó los limpiaparabrisas y las luces delanteras, de todas formas, no había mucho que ver en medio de aquella ventolera embetunada.

—...unidades cercanas a la Avenida del Puerto acudir a Venegas y San Ignacio, colapso de residencias, repito... —la voz chirriante se entrecortó.

Brian estuvo un rato sintonizando la radio porque la tormenta no dejaba captar un carajo.

—#2, chequea el GPS a ver, —le dijo a su clon en el asiento de copiloto.

—Estamos muy lejos. Los carros de Habana Vieja van a llegar primero, —dijo #2 después de teclear la tableta de servicio.

Brian asintió. Además, lo suyo no era levantar paredes de mampostería, tampoco podían leer las mentes de la gente enterrada para luego tele-portalos de entre los escombros. Su estilo encajaba mejor con las maniobras de asalto sincronizado, sí eso sí, cosas más apropiadas para agentes como ellos.

—Ya empezaron a caerse las casas y esto nada más que acaba de empezar. La nochecita que nos espera, ¡tú vas a ver! —se quejó el otro Brian, #3, en el asiento de atrás.

—No es para tanto. ¿Por qué siempre te

gusta llamar la mala suerte? —Brian regañó a su otro yo.

—Si no es por una cosa será por otra cosa. Todos los años es lo mismo —respondió #3—. Siempre hay un mentecato que sale a buscar cigarrillos y termina con una teja en la cabeza. ¿Te acuerdas de la familia remando en el contenedor de basura?

—Ni me lo recuerdes —intervino #2 con una sonrisa.

—¿Para qué crees tú que estamos aquí? —se burló el del asiento trasero halando a Brian del cuello del uniforme—. Mi viejo, nosotros tenemos que esperar lo peor, no vaya a ser que te agarren fuera de base. Ya estás viejito, parece que se te olvidan las veces que te hemos salvado.

—Viejo estarás tú, con esa cara de perro *estrujao* —Brian forcejeó para quitárselo de encima.

—Pues, entérate porque es la misma que la tuya.

Los irritantes clones se desternillaron de la risa mientras Brian trataba de descansar con la frente al volante. Los otros *Brianes* iniciaron un acalorado despotrique sobre cada pequeño episodio en el que ellos lo habían sacado de algún lío. El oficial se masajó la frente con ambas manos y respiró aliviado cuando finalmente terminaron con los reproches.

Algo se acercaba dando bandazos por allá afuera. Una buena plancha de zinc o aluminio apareció volando sobre la acera y luego planeó como una guillotina hasta la calzada en el cruce enfrente de ellos. Por suerte no había tráfico. La ciudad estaba apagada, sin corriente y a la gente no les quedaba otra que estarse quietos en sus casas, intentando dormir en medio del calor, la oscuridad y los ramalazos del huracán.

Sí, quizás esta vez fuera diferente. Brian estiró las piernas entumecidas y reclinó su asiento. ¡Él era uno de los pocos que podía

dormir en su propia guardia! Alguna ventaja tenía que sacarle a estos jodedores. Los ojos ya se le iban cerrando cuando de golpe se percató de lo que había estado viendo. *¿Qué demonios es eso?* Su pensamiento fue audible para los clones. La lámina de zinc permanecía quieta en el aire. Brian se incorporó de golpe y los otros respondieron en la sintonía mental. *¿Qué? ¿Qué pasa?* Él encendió los faros y limpió la condensación del cristal. Sí, imposible pero ahí estaba, como una maldita pancarta flotando en medio del temporal. Sin previo aviso, la plancha cobró vida y se contrajo como si unos dedos colosales la estrujasen. Los Brianes se movieron para ver mejor. El metal quedó convertido en una giratoria bola irregular que orbitó en lo alto para ganar aceleración y después fue a impactarse contra el semáforo de la calzada. Los vidrios anaranjados saltaron en pedazos, destrozados por el proyectil encajado en su cuenca central. Unas risotadas en lo alto celebraron la puntería. Brian trató de ubicar quién estaba encima de ellos. Un súbito rayo azul eléctrico cayó de lleno sobre el semáforo y los tres policías saltaron golpeándose las cabezas contra el techo del auto.

Una tras otra, las oscuras ventanas del barrio habanero iluminaron sus bombillas mientras el rayo alimentaba la red municipal. Los ojos verdirrojos del semáforo parpadearon con epilepsia hasta que los gruesos transformadores estallaron como benditas piñatas de chispas y fuegos de artificio. Entonces, sobrevino de nuevo la oscuridad del apagón acompañada por un estruendoso coro de decepción popular.

Quédense aquí, no nos han visto. Brian salió al aguacero y escudriñó las alturas con la mirilla de su rifle. Dos siluetas fugaces montadas en eskatedrones pasaron volando como misiles por el centro de la calzada, apartando de su camino toda el agua de lluvia como la quilla de una lancha rápida. La oleada churrosa se le vino encima al oficial y lo estampó de vuelta al coche.

—No vayan a abrir la boca —les espetó a los otros dos antes de que tuvieran tiempo de decir algo. Sin limpiarse la cara, encendió el radar calórico para seguir la es-

tela. Las púas ventosas de los neumáticos se agarraron bien a los históricos baches de la Habana mientras el vehículo se convertía en un borrón grisáceo para los desdichados que observaban desde las penumbras de sus hogares.

La estación estaba casi desierta con tantos oficiales afuera en la tormenta. Solo quedaban las operadoras, hombres de guardia y los oficinistas. Brian y sus Brianes atravesaron impecables pasillos blancos con aroma a desinfectante. La expresión en las caras de los dos vándalos tomaba matices lastimosos a medida que se adentraban más y más, bajando escaleras, traspasando puertas de seguridad. Las cámaras en el techo se volteaban siguiendo su procesión con leves chirridos de insectos metálicos.

Los Brianes entraron a un cuarto de interrogación y engancharon las esposas extwings de los chicos a unas anillas en la mesa metálica. El combustible de sus dones era bloqueado por las extwings. Los dos chavales inspeccionaron el cuarto mientras los tres indistinguibles policías se quitaban idénticas chaquetas mojadas y se ponían cómodos. No había mucho que ver allí excepto la mesa pesada de hierro descascarado, sillas plásticas de color negro, archiveros anticuados y uno de esos nuevos televisores de pantalla-lienzo con ranuras para pesedrive.

Brian hizo un gesto con las manos; los chicos no podían escuchar su canal telepático. Sillas plegables fueron dispuestas para ellos. Las ropas aún goteaban agua de tormenta.

—De verdad, que por poco me joden la noche —comentó el capitán luego de unos segundos de silencio—, ¡este par de comierdas! —escupió Brian aún con las facciones algo deformadas debido a la captura bajo el huracán.

—Calma —habló #2 alargando la palabra.

—¿Cómo quieres que me calme?, si de milagro no estamos achicharrados. —El ca-

pitán se inclinó sobre la mesa y los adolescentes se apartaron todo lo que pudieron—. Ven acá, papito, ¿a ti no te enseñaron en la escuela que no se puede usar electrovara cuando hay mal tiempo? Es el colmo que uno sea vago y estúpido también. —Brian era vieja escuela. No le agradaba la gente que usaba tecnología para mejorar sus poderes.

Los acusados se encogieron de hombros. El que parecía mayor resopló como para apartarse un cerquillo de pelo mojado rojinegro que le llegaba hasta los labios ensartados de piercings. El otro, era más bajito, corpulento y de piel negra. Ni se atrevía a despegar la vista de la mesa.

—¡Claro que no saben un carajo! —exclamó el interrogador principal—. Y cuando yo los llamé para que apagaran las eskates, ¿qué fue lo que ustedes hicieron? ¿Eh?

Ninguno movió un músculo. Apenas si se atrevían a parpadear o tragar saliva. El tono de Brian iba ganando más y más agresividad como a punto de estallar. *Bájale a los insultos, deja ver si hablan.* #2 aconsejó sin mover los labios

—#2, refréscame la memoria para ver si es que soy yo el equivocado, por favor —pidió el capitán.

—Sí, hoy 23 de julio del 2047 —#2 leyó de su tableta de servicio—, aproximadamente a las doce de la noche, los ciudadanos menores de edad superdotados: Lázaro Carbonell y Alfredo Suárez, fueron avisados destruyendo propiedad pública y circulando por la Calzada de Diez de Octubre con eskatedrones alterados a más de 120 km/h en una zona residencial durante el paso del huracán Matías. Al ser avistados, estos se resistieron al arresto y respondieron atacando con intención de incapacitar a un agente de la ley.

—¡No, mentira! —Brian se llevó las manos a la cabeza con drama—. Eso no puede ser, porque al que haga eso lo cogen diez añitos en el tanque. ¿Ustedes me están oyendo? Si a mí me da la gana ahora mismo los tranco y pa'l carajo. Ya tengo los testigos, la patrulla lo grabó todo, ¿qué más hace falta?, ¡nada! Chirrin chirrán, caso cerrado.

Alfredo, el más pequeño, se sorbió los mocos. Fue a limpiarse, pero las manos esposadas no le llegaban al rostro. Se le escapó un sollozo al inclinarse.

—Llévalos suave, viejo —aconsejó #3 palmeando al pobre de Alfredo.

—¡Vamos, #3! ¿Suave?, ¿para qué? Ahora que están *cogíos* se les sale el llantén a los bebés; pero hace un rato estaban bien fieros listos pa' cualquier cosa.

Vamos a calmarnos. Hazlos hablar de lo que pasó en el parque, aconsejó #2 en la triple conexión.

—Está bien. Yo quiero pensar que todo lo que pasó fue producto de su ignorancia y la emoción del momento, ¿verdad?

Brian esperó a que respondieran, pero como las bocas seguían cerradas los tuvo que presionar un poco más.

—Ustedes no tienen idea de lo cerquita que estuvieron no hacer el cuento. Por poco se matan y para qué. ¿Por unos likes de los metamigos? ¿Tú viste la cantidad de corriente que se te estaba pegando?, ¿eh? Te estoy hablando a ti, Lázaro.

El chico se rascó los nudillos y miró a otro lado. Brian temblaba por dentro. Su presión arterial andaba por las nubes nada más de mencionar el incidente.

La experiencia combinada de los tres formó una memoria casi perfecta del evento. Las baterías de los eskatedrones estaba a punto de acabarse. Brian metió la patrulla en medio de un parque infantil medio inundado. Sus dos copias proyectaron escudos-sombrillas de los rifles tratando de bloquear cualquier rayo. La luz fue muy rápida. Brian no pudo esquivarla, pero una fuerza invisible lo quitó de en medio. Él estaba a punto de usar municiones reales cuando notó el monstruoso racimo de plasma que se estaba enroscando alrededor de los chicos en el aire. Lázaro era incapaz de redirigir semejante cantidad de energía. La electrovara se le puso al rojo *¡Enciérralos en bolas!* Fue la orden mental, así que los otros dispararon generadores a los vándalos volares y los cubrieron en esferas con campos

aislantes. Solo así se cortaron las cargas de la tormenta eléctrica.

—No me llamo Lázaro. Es Lachi —bufó este.

—¿Ustedes saben lo que les iba a pasar si no llego a ponerles los escudos? —prosiguió Brian indignado—. Iban a terminar asaditos los dos, para la funeraria y las mamás a llorar. Tienes suerte que tu amigo me quitó de la trayectoria del rayo que tú iniciaste, porque si esa electricidad me llega a tocar...

—¿Pa' qué tú lo salvaste? —Lachi miró con asco a su compañero.

Brian quedó genuinamente sorprendido ante esos ojos enrojecidos de odio. *Algo anda mal este chamaco. Averigüen quién es.* #2 se puso a teclear su tableta.

Brian se masajeó la nuca. Tomó un poco de aire y de pronto empezó a reírse solo.

—No puedo con ellos. La verdad es que no puedo. Este cabrón no tiene percepción del peligro. Les digo que están jodidos por agredir a un policía y el muy tonto viene y me lo reconoce en la cara. Ya está grabado. Tiene que estar *fumao* o algo. Vamos a hacerle un análisis a ver qué coño se metió.

—A mí no me importa si grabaron —alardeó Lachi, ladeando la cara—. Yo doy corriente pa' la mitad de mi zona. Todo el mundo me conoce. Pregunten por el Lachi pa' que ustedes vean. Nosotros somos familia del Yema, no se confundan.

El adolescente abrió la boca para que pudieran verle el piercing que le atravesaba la lengua. Incluso bajo la restricción de las extwings, un pequeño arco eléctrico se ramificó por toda su colección de dientes de oro y argollas. *Debe ser uno de esos pobres niños que entrenan para producir electricidad. Les dan drogas y los explotan hasta que no dan.* #2 se estaba refiriendo a la vida en los barrios marginales donde no llegaban los servicios de la ciudad.

Brian levantó la mirada al techo y, como agotado, se limpió con paciencia las comisuras de la boca.

—¡Ah, ya sabía yo, por eso te haces el gallito! —se burló y a Lachi se le apagaron las chispas bucales—. Tú piensas que tus amiguitos los pandilleros van a venir a buscar-

te. ¡Mira tú qué cosa más linda esa! Pues, óyeme bien, mi hermanito, y déjame decirte que si es por esos *pata de puercos* te vas a pudrir aquí adentro. Anda a la viva.

Lázaro escupió a un lado y frunció los labios sin amedrentarse. El otro chico parecía querer hundirse en su asiento y que se lo tragara la tierra.

—Verdad que en este país siempre la cagamos. Ojalá yo tuviera la edad de ustedes. Aquí donde me ven yo tengo más de sesenta años. En mi época nosotros no teníamos nada de esta chatarra. ¿Tú sabes lo que es nada? Ni maestros de talento, ni academias para practicar los dotes, ni aparatos de esos que potencian. ¡Nada! —Brian observó a sus dobles y les señaló a los delincuentes—. ¿Ustedes se imaginan a estos dos viviendo en el barrio de nosotros?

—Los iban a hacer leña —le respondió #3 negando con una sonrisa.

Lachi chasqueó la lengua y miró para otro lado enarcando las cejas afeitadas.

—¡Ah!, ¡no te lo crees! Mira pendejo, escúchame para que aprendas algo en tu puta vida. En los tiempos de la Unión Soviética, en este país no se podía andar volando por ahí con el peinado ese, alardeando para que todo el mundo viera los jugueticos que te compró mamá.

Viejo, no los presiones tanto. Mejor cambiemos el tema. —Oye, espera, yo creo que ellos no saben lo que era la Unión Soviética —intervino #2.

—¡Yo sí sé! Era el país donde están ahora los rusos —saltó el pequeño Alfredo contento de poder ayudar.

—Coño, ¿cómo tú te llamas? Alfredo, ¿verdad? Por lo menos este sí fue a la escuela. A ver, dime una cosa: ¿tú sabes lo que les hacían a niños que tenían dones en aquel entonces?

Los dos se quedaron mudos y las expresiones en blanco.

—¿No saben lo que les hacían? —Brian actuó sorprendido—. Ah, entonces, déjenme enseñarles, mis queridos amiguitos.

#2 sabía qué hacer. Fue hasta un archiviro en una esquina, abrió el cerrojo oxidado,

extrajo algo y lo dejó frente a Brian original. Este giró su silla y apoyó los codos sobre el espaldar. Ojeó las caras nerviosas de los bribones y con parsimonia destrabó una a una las hebillas de una cajita metálica que parecía una diminuta caja fuerte. La luz blanca de la habitación cayó sobre el terciopelo rojo y sobre la perfecta réplica de un insecto entre los dedos del policía. El bicho tenía el tamaño de un colibrí con alas translúcidas, patitas finas de alambre blanquinegro rayado y de la cabeza le brotaba una notable aguja de acero con sus buenas dos pulgadas.

—¿Nunca habían visto uno de estos?, ¿verdad? Claro que no. No saben nada. Pues, déjenme presentarles a nuestro querido *Aedes herófago*, este es una copia del soviético, pura fabricación nacional. ¿Está lindo?, ¿eh? Quedan pocos en existencia. Nos volvimos unos especialistas haciendo estos bichejos, y hasta los mejoramos; pero cuando el comunismo se fue al carajo hubo que eliminarlos. Yo guardé este. En mis tiempos les decían el chupacabra, porque si te cogía te dejaba loco como un chivo. —Se carcajeó de su propio chiste—. Pero no tengan miedo, si no es más que una jeringuilla, pero que en vez de sacar sangre te chupa la energía de los dones. ¡Ah, ya veo que sí saben lo que es eso! Tan brutos no son —se divirtió ojeando a sus gemelos y luego bajó el tono—. Da miedo, ¿verdad? En aquella época estaba prohibido todo esto de hacerse el héroe y acumular demasiada energía, ¡nada de eso, camarada! Los poderes le pertenecían al pueblo.

—A mi no me importa na' de eso —replicó Lázaro con la voz algo tomada.

—Escucha —Brian se señaló el oído y respiró con paciencia—. Pregúntenles a sus abuelos a ver si esto es mentira. En esa época nosotros estábamos *fajaos* con los americanos y aquí se hacía mucha propaganda contra esos superhéroes de ellos. Imagínense que los yanquis tenían unos tipos ahí con el poder de volar hasta la Luna o reventar ciudades de un golpe. ¿Ustedes no han visto fotos del super hombre que destruyó las dos ciudades esas en Japón?

Los chicos permanecieron con las miradas en blanco y #2 hizo seña para que continuara con la historia.

—Pero aquí la cosa era muy diferente a los Estados Unidos. Aquí toda la gente con dones tenía que declararlo en el Comité de Dones Revolucionarios, y después ir una vez al mes, todos los meses, con el médico de la familia para que este bichito te chupara la vida misma. Luego, esa energía se repartía por cuotas para que todo el mundo pudiera hacer algo. ¿Qué les parece? Ya que a ustedes les gusta malgastar sus poderes, lo mejor es dárselos a alguien más. ¡Aguántenmelos ahí! —Brian movió los dedos con rapidez, enroscó un bulbo de cristal al abdomen del insecto y el mecanismo de cuerda lo trajo de vuelta a la vida agitando sus alitas como loco. Los prisioneros tiraron las sillas al suelo, pero los Brianes les inmovilizaron.

—¿Qué pasó?! ¡¿Se acojonaron?! Yo pensé que ustedes eran gallitos. ¡Yo sí tuve que aguantar esta mierda! —gritó Brian a todo pulmón halando las cadenas sin lograr que los chicos se acercaran—. ¡Yo sí sé lo que es vivir en la miseria, sin nada, sin poder defenderte porque te han dejado seco! Al final, el Partido Comunista no distribuía la energía de los dones. Todo era para evitar que nadie se volviera demasiado poderoso, excepto ellos claro. Ustedes ahora lo tienen todo de regalo.

—¡Mentira! ¡Suéltame! —lloriqueó Lachi tratando de soltarse.

Brian inspeccionó de cerca al mosquito de cuerda que trataba, frenético, de escapar de sus dedos al detectar el exceso de energía corriendo por las venas en aquel recinto.

—¿Mentira? —el capitán Brian pronunció las sílabas con una mirada que pareció preocupar a los otros dos Brianes—. No, chico, espérate, si ahora mismo yo te voy a enseñar lo que son poderes de verdad.

Sin una palabra, los policías vinculados se pasearon por la habitación. Los jovencitos aguardaron con recelo a que el *herófago* regresara a su caja. Al poco rato levantaron sus sillas con cautela para volver a sen-

tarse sin saber qué iba a pasar. #2 encendió la pantalla, tecleó la contraseña y sacó una pesedrive que #3 le había entregado. La moneda color ocre encajó perfecta en su ranura del lienzo TV. La pantalla mostró una ventana con un solo archivo de video llamado: "calle Matanzas".

Vieron la imagen congelada de lo que parecía ser una ordinaria calle de suburbio. Era de día y la perspectiva del video partía desde un ángulo elevado, tal vez desde un segundo piso.

—Vamos a ver si lo que les estoy diciendo es mentira. Fíjense que esta grabación se ve borrosa porque es de hace como cuarenta años. En esa época cuando llegabas a los dieciséis te venían a buscar para ponerte el chupacabra por primera vez. En mi calle éramos cinco socios y todos nacimos con dones, pero no había instructores, ni nadie sabía cómo sacar los poderes. Pero entonces, conseguimos una de esas antenas ilegales para agarrar canales de los EU. Nos reuníamos por la madrugada para que nadie nos atrapara. Y así fue como descubrimos el secreto. La clave para despertar los dones es la inspiración. Tienes que ver películas de superhéroes, leer los comics, jugar con las figuras de acción y los videojuegos hasta que te nazca el poder. Nosotros ahorrábamos un dinerito para rentar cassetes VHS en unos bancos ilegales que había escondidos en los barrios.

—Hombre, yo creo que ellos no han visto un casete VHS en su vida —le interrumpió #3.

—Eso es una enfermedad sexual —soltó Alfredo de sopetón.

—Cállense y miren, hagan el favor —les dijo Brian y oprimió el botón del mando.

La calidad de la grabación era bastante pobre en comparación con las usuales hiper resoluciones de 32K a las que estaban acostumbrados. Al parecer el camarógrafo se había tirado en el suelo de un balcón, se le notaba asustado por lo mucho que temblaba y además estaba el hecho de que filmaba con una vieja cámara japonesa de los 80. A mitad de calle se entreveía un jeep militar parqueado. Algunos vecinos chismeaban desde los portales de sus ca-

sas sin atreverse a salir. De pronto entró en escena una tropa apresurada de hombres vestidos de verde olivo. La imagen se concentró en ellos. Las ropas en las tendederas bloqueaban la vista. Luego salieron por el costado de una humilde casa de madera con tejado triangular. Las figuras se divisaban a lo lejos, los soldados arrastraban a un muchacho con la cara manchada. *Nadie hizo nada. ¿Qué podían hacer?*

—Ese fue el día que cogieron a Henry. Lo habían citado, pero como no quiso cumplir el servicio militar le engancharon los bichos —narró Brian con la voz cargada de indignación.

Los padres de Henry se quedaron abrazados en la acera mirando como se llevaban a su hijo. Los guardias se acercaron un poco a la casa desde donde se tomaba el video. Gracias a eso pudieron distinguir los mosquitos prendidos al cuello y la cara desorientada de Henry. Ya estaban cruzando la calle hacia el jeep cuando un retrovisor saltó en pedazos como si hubiera recibido un disparo. La toma se volvió confusa por los bandazos del lente que intentaba capturar la acción. Gente corriendo y gritando fue lo que les llegó a través del audio.

—Ese fue Kevin. Tenía tremenda puntería con las canicas y las soltaba como si fueran balazos con los dedos —aclaró Brian riéndose por lo bajo.

La imagen se calmó, pero ahora solo mostraba la calle desierta. A cada rato el jeep perdía otro pedazo. Se le poncharon las gomas y el parabrisas se agrietó. Alguien junto a la cámara habló en voz baja y el lente se trasladó hacia el tejado de una casa frente a la de Henry. En un garaje se apreciaba un viejo Chevrolet de 1940 y sobre las tejas de fibrocemento estaban tres niños idénticos, todos disfrazados con capas y calzoncillos rojos sobre pijamas azules. *Yo quería el poder de volar, pero me tuve que conformar con este par.* Nosotros también te queremos, viejo. Las capas rojas ondearon a sus espaldas cuando saltaron a la acera con los puños en alto. Palabras emocionadas se colaban por el audio. Los tres niños se movieron en perfecta sincronía co-

mo reflejos de espejo y con los puños en las caderas gritaron algo que no se pudo escuchar.

—Los militares se habían escondido en un portal frente a mi casa. Les dije que si me devolvían a Henry les perdonaría la vida.

Lachi y Alfre se quedaron pasmados frente al viejo capitán, pero este no les prestaba atención a ellos. Solo observaba la escena, henchido de orgullo.

El trío de superniños en la pantalla gesticulaba con codos y brazos con cada sílaba como en una coreografía. La cámara alejaba y acercaba la escena tratando de ganar nitidez sin demasiado éxito. En la esquina inferior derecha de la toma se llegó a captar como una figura corría a ocultarse tras el jeep maltrecho. Era difícil asegurarlo, pero aparentaba ser otro niño disfrazado. Llevaba puesto algo así como un traje rojinegro de piloto de motocrós con casco incluido. Sin dudas, portaba un arma llamativa en las manos. Al parecer, la martilló y le hizo señas a alguien de que se acercara.

—¿Quién es ese? —se interesó Alfredo señalando al de la engomada indumentaria roja.

—¿Quién?

—El de la esquina, tras el carro.

—Ese es Nico, con su traje de Power Ranger rojo...

Brian dejó de hablar pues la película casera empezó a saltar de un sitio a otro. Algo ocurría. El anónimo camarógrafo se arrastró por el piso y apoyó el dispositivo entre unas macetas de malanga. Sacando el lente entre los barrotes del balcón grabó a una nube de mosquitos *herófagos* persiguiendo a los jóvenes Brianes. Un pequeño Superman gordito corrió como una flecha mientras los otros dos se quedaban atrás para interponerse delante del enjambre.

—¿Te echaron los mosquitos para arriba? —le preguntó Alfredo y Brian puso pausa para mirarlos sin pestañear.

—¿Ustedes pensaron que yo estaba bromeando?, ¿eh? Aquello no era chiste. De no ser por estos dos que ven aquí me habrían chupado la vida en medio de la calle —les contó Brian señalando a sus gemelos y lue-

go puso play.

Los dos pequeños Brianes copia se desvanecieron bajo el ataque de los chupacabras. El hervidero de agujijones retomó la persecución. El niño de la capa roja se demoraba tratando de abrir la reja de otra casa. Tocaba y llamaba con desesperación. Los gritos eran tales que se oyeron incluso a través de la mala grabación.

—¿Polifemo? —repitió Alfre

—Sí, Polifemo —le confirmó el viejo policía.

Poli siempre llegaba tarde a todo. Ya tenían a Brian acorralado contra el portón cuando un cuerpo creció de altura al otro lado de la cerca y dos manos gigantes machacaron la colmena de un manotazo. El gigante pelirrojo tan alto como los postes de corriente levantó un pie para cruzar la verja de su casa y luego se agachó para pasar por debajo de los cables eléctricos. El ensordecedor grito de guerra que soltó después hizo temblar la mismísima reproducción.

—¿Qué coño es eso? —preguntó el Lachi inclinándose para ver mejor al niño de diez metros y cabello rojizo que daba alaridos como un demente.

—Ese es el Poli, un viejo amigo. ¿Qué pasa? ¿Nunca habían visto un Hulk de verdad? —se divirtió el policía.

El lente se movió a las pantorrillas del gigante y reveló que otro niño se había parapetado tras el jeep. Nico, el del traje rojo, hizo algo con el colorido rifle que traía y el recién llegado se cubrió con otro de aquellos trajes espaciales, pero este de color blanco.

—¡Oye! ¿Y ese cómo fue que se puso el disfraz? —Alfredo abrió los ojos de sorpresa.

—¿No están mirando? Fue este de detrás del jeep. Nico podía crear ilusiones con su pistolón de agua. Ya nadie tiene poderes de ese tipo. Teníamos que sacarlos de debajo de la manga porque aquí no se conocía mucho de Marvel, ni nada de eso.

El nuevo Ranger blanco cargaba una bolsa de tela al cinturón y de ella sacaba perfectas bolitas de cristal. Las ponía entre sus

dedos y las disparaba como balas contra algo fuera de la pantalla. Nico bombeó más presión a su pistolón y liberó un buen chorro multicolor hacia el gigante en medio de la calle. La cámara casi no pudo captar la rapidez con la que el líquido se solidificó y serpenteó formando piezas de la más increíble armadura alrededor del ciclópeo cuerpo: guanteletes y botas azules, pecho con una M roja incrustada, cinturón dorado y sobre la cabeza, un yelmo de ojos encendidos con corona en forma de V. Lucía como un titánico robot por los ángulos rectos de sus articulaciones.

—¿Ese no es...? ¿Cómo se llamaba? —preguntó emocionado el pequeño Alfre.

Me alegra que al menos reconozca a Voltus V. Al parecer, el camarógrafo había perdido toda su timidez. Grababa en pie con toda comodidad y sin recato. El gigantesco robot se había colocado a sus amigos sobre los hombros. Super Brian, el Ranger Rojo y el Blanco posaban listos para la batalla en lo alto. Entonces, Poli arrancó de raíz una palmera de su jardín y la sostuvo para que Nico pudiera pintarla. El tronco y las raíces se alisaron hasta formar la hoja de una enorme espada de acero y las ramas verdes fueron uniéndose para convertirse en una llamativa empuñadura rojísima en forma de M.

Lachi trató de sujetar a su amigo, pero Alfredo lo pegó al espaldar de la silla solo con una mirada telequinética. *Estas esposas son una mierda.* El tubo de luz fría parpadeó. A pesar de su corpulencia, Alfredo flotó unas pulgadas del suelo con los nudillos apretados como si empuñara algo invisible entre las esposas y, entonces, se unió al grito de batalla de los chicos de la calle Matanzas. La frase atronadora hizo temblar el cuarto de interrogación a pesar de que las palabras habían sido coreadas cuarenta años atrás cuando el Voltus Cinco se preparaba para atacar.

—¡¡¡ESPADA LÁSER!!!

Como el espadón no tenía filo en verdad, lo que hizo fue machacar el jeep cual bate de aluminio a una lata de Coca-Cola. Acto seguido, varios vehículos blindados doblaron por las esquinas de la calle y el autor del

filme volvió a tirar pecho en tierra. Sin embargo, el gigante acorazado extendió sus brazos en bienvenida y Nico trazó una masiva V fulgurante que iba desde las manos hasta los pies ardiendo en el aire.

En ese momento, Brian se apresuró a apagar la imagen, justo cuando los carros artillados rodearon al Voltus. Las voces de sus amigos aún reverberaban en alguna parte. El viejo Brian se restregó los ojos, tomó una bocanada de aire y encaró a los vándalos frente a él.

—Ahora, díganme quién es el que merece más likes.

El Lachi ya no estaba bajo el efecto de la telequinesis. Alfre aterrizó de nalgas a la silla y mantuvo los ojos fijos y acuosos en la pantalla negra del televisor. Ninguno habló.

—¿Vieron cómo era la cosa cuando yo tenía la edad de ustedes? Entonces, háganme el favor de dejar las payasadas y den gracias por lo que tienen ahora. Nosotros tuvimos que pasar mucho trabajo para que ustedes vengan ahora a malgastar los dones en estupideces. ¿Ustedes se creen que después de eso nos dejaron tranquilos? ¡Hombre, no! Nos inyectaron mosquitos hasta en el culo por esa gracia y después, ¡nada de podercitos y chispitas voladoras! A estos dos yo no los pude volver a sacar por mucho tiempo. No me dejaron ni una gota de energía.

Los tres Brianes hicieron una reverencia y chasquearon los dedos. Frente a sus ojos #2 y #3 se desvanecieron con un parpadeo.

—Lázaro, tú atacaste a un policía esta noche. —El joven dejó de respirar. Las paredes se le venían encima. La voz de Brian sonaba diferente, calmada y amenazante—. Yo te podría enviar un lugar bien feo por mucho tiempo. Ahí sí vas a estar condenado a ser un delincuente toda tu vida o morir joven si tienes suerte. Te voy a dar la oportunidad que a mí nadie me dio. Piénsatelo bien porque la próxima vez va a ser peor que si te chuparan con un millón de chupacabras.

Alfredo miró a Brian con determinación, pero Lachi solo se quedó allí, torcido como en un plano diferente.

—Hagan lo que quieran, pero si quieren mejorar tienen que trabajar duro para encontrar inspiración. Esa es la clave. No hagan caso a los otros en las calles. Tienen que sacar el potencial que tienen dentro — les habló como un padre en voz baja, pero de repente gritó— Y estense quietos ahí hasta que pase el ciclón.

Bien hecho. Vamos a ver cómo les va. No es fácil salir de la calle. Solo Brian escuchaba las voces. Se levantó con esfuerzo y puso

el control del TV en su bolsillo trasero. El viejo capitán salió de la habitación sin mirar atrás. Entonces, sintió la fuerza telequinética sacando el control remoto de su bolsillo. Sin darse por enterado cerró la puerta y sonrió al escuchar como recomenzaba la antigua grabación.

FIN

El primer libro

Palacios Rojo, Antonio

Prólogo.

Tranquilo, no pasa nada.

Palacio Rojo: Deja de leer. Cierra el libro. Al llamarlo así, quizás exagero. Esto no es un libro. Incluyendo este aviso al principio, creo que actúo de buena fe. Espero que cunda el ejemplo y advertencias como ésta se lean en las cubiertas de tantas pretendidas novelas, poemarios y ensayos. Denuncien a los papelistas que les estafan con anunciadas historias que merecen ser leídas, versos que merecen ser aprendidos, frases que merecen ser repetidas, repetidas hasta que se conviertan en verdad.

No a mí.

¿Por dónde iba? Sí, ya. Esto no es un libro porque está a medio escribir. Aún no tengo claro lo que pasa, ni a quién le pasa, ni el propósito de que ocurra lo que ocurra. Pero espero que tú me ayudes a completar la historia.

Tengo claro cómo empezar. Tres jóvenes participan en el proyecto A.M.O.K. que proclama ser un punto y aparte en la historia de la creación humana. Este sacadineros es la obra de Basilio S.A.; S.A. son las iniciales de su apellido. No lo revelo pues el personaje está basado en un auténtico primate en su campo, de esos que pueden acabar con uno. Este hombre, que va a por los cincuenta de edad, es un maduro moderno. ¿Cómo serían los asistentes a la enormidad planeada por el tal Basilio? Te contaré lo que más o menos creo que puede funcionar.

Uno de ellos se llamaría Bernardo, y sería muy pequeño, muy fuerte y muy sevillano. En vez de proyectar la voz, la lanza contra todo y contra todos, es decir, lo que habla debería escribirse en MAYÚSCULAS. El segundo joven es una joven. Se llama Berta. Su rostro debería inspirar terror y amor a partes iguales. Me la imagino con ojos negros y febriles, pelo dorado y despeinado, ropa escasa y disparatada. La voz de Ber-

ta es débil y todo lo que dice se escribiría en minúsculas. Y luego está Edmundo. Tiene tan poca sustancia que ni siquiera tiene aspecto. Su razón de ser es darle algo de consistencia al argumento de esta historia. Quiero decir, que él aportaría el drama. Es tan ingenuo que, animado por los tremendos correos electrónicos de Basilio, ha pagado la inscripción al proyecto con los últimos dineros que tenía. Piensa que, tras su brillante participación, todos se darán cuenta de que es un genio capaz de convertir en billetes su derroche de ingenio. Este plan no tiene ni pies ni cabeza, tal y como le pasa a nuestro Edmundo. Ya sé que es algo que se daría en la realidad pero que en la ficción parecerá poco creíble. Los tres asistentes son tan insignificantes que no merecen ni tener apellido.

Por cierto, me olvidé decirte que están reunidos en Sevilla. En un edificio moderno de oficinas que se llama Sevilla 2, supongo que para distinguirlo de otro cercano que se llama Sevilla 1. Ambas construcciones no se parecen en nada, excepto en el nombre. Si no lo conoces, no importa. Te puedes imaginar fácilmente cómo es, por eso lo he escogido. Es el mismo edificio de oficinas que hay en todas las ciudades. Cierra los ojos y podrás ver sin esfuerzo el conserje, los buzones, los ascensores, los largos pasillos con numerosas puertas a cada lado, los lavabos.

Pues bien, la historia empezaría con un discurso inicial de Basilio, que aclara lo que tienen que hacer nuestros tres jóvenes de mediana edad. Y luego, pues, vaya, los tres intentan ponerse de acuerdo, pero sólo lo gran ponerse en evidencia. Así que este libro es más una charla que otra cosa.

Cuando escuches esta larga conversación, encontrarás que todos se expresan mal. Al menos, espero que así sea. Lo que hablamos suele estar muy mal dicho. Si las frases no son muy brillantes, no es culpa mía, es culpa de todos nosotros. También he intentado que se note cuando habla un

personaje y cuando habla otro. No lo he logrado, pero este fallo es, quizás, a propósito. En el fondo, salta a la vista que el autor –o sea, ¿yo?– habla consigo mismo. O, como se diría en tiempos clásicos, que habla con su corazón. De todas formas, siempre notamos que todos los libros son autobiográficos, que los personajes son el autor escondido tras varios apodos. Por eso, el mejor consejo que se le puede dar a un actor que se enfrente a un papel difícil es que sea él mismo; el mejor consejo que se le puede dar a un lector que trate de imaginar lo que lee es que se mire a sí mismo.

Te voy a leer lo que tengo escrito, a ver si te gusta...

Basilio: Primero, enhorabuena por formar parte de un proyecto que va a cambiar el mundo. Desde ahora, la historia de la creación tendrá que hablar de nosotros por fuerza.

Estoy recién aterrizado de los Estados Unidos. Me ha dado el tiempo justo de soltar las maletas, hacer otras, coger el AVE y llegar aquí, a Sevilla. Pero lo hago con mucha ilusión, porque así puedo compartir los secretos que he visto allí. Y son secretos no porque se mantengan ocultos, sino porque los escritores españoles no se molestan en mirar a su alrededor y darse cuenta de que su mundo ha cambiado.

Si queréis saber qué es lo que hay que tener para triunfar en este negocio os lo diré. Lo menos importante es el talento. Seguro que pensabais que era lo más importante, pero no, no lo es. Fijaos que no os he dicho que no hay que tener talento. Sólo os digo que no es lo primero. Lo primero es tener algo que vender, una buena historia. ¿Y cómo sabemos que es una buena historia? Porque vale millones. Y hay gente que quiere venderla y hay gente que quiere comprarla. Fin de la historia. Y no me hables de arte. Esto es un negocio.

No creas a los que dicen que buscan nuevos talentos. Eso no es así. Buscan productos que poder vender. Y cada obra de arte, necesita un buen plan de marketing. Y por eso estamos aquí. Porque tenemos uno de los conceptos más innovadores de cómo vender una historia.

Muchas veces os habéis preguntado cómo es que han hecho una película tan mala, o publicado un libro tan penoso. Pero no os preguntáis qué es lo que os hizo comprar la entrada o entrar en la librería. Y es que, algunas veces, los planes de venta son mucho más imaginativos que el producto en sí. Es triste, pero es así.

Ahora, compañeros en la creación, es casi tan importante el formato como el contenido. Y los nuevos formatos que se están imponiendo son artículos de venta. ¡Una vez que lo reconozcamos la vida es mucho más fácil! Comercial no es un insulto. Es nuestra realidad. Nuestro trabajo es vender fantasía. Generar una experiencia total en el lector, en el espectador, algo que merezca la pena pagar por ello. Y para lograr esa experiencia total, ya no son suficientes los formatos tradicionales que antes habíamos utilizado. Ahora, un vídeo colgado en la Red, un mensaje al móvil, una llamada de teléfono, cualquier cosa que nuestra imaginación nos... nos dicte, puede ser utilizada para hacer llegar una historia al gran público. Es algo que ya están utilizando la clase política, los periodistas, los activistas, todos menos los escritores. ¿Por qué no, en vez de esa novela, de esa película, que crees que te dará la gloria universal, escribes una historia en un foro, en un chat, o cuelgas en la Red un vídeo grabado con tu móvil? El que lo haga de la forma más original, triunfará; no por ser el mejor, sino por ser el primero en hacerlo.

Este cambio en la mentalidad creadora se está produciendo muy lentamente. Aún no cuenta con la aprobación o el conocimiento de muchos. Y esto es una ventaja. La gente que triunfa es la que da el primer golpe. Y hay momentos en la historia en los que esto es más posible que en otros. Los cambios tecnológicos de hoy en día nos permiten, si estamos atentos, ser pioneros. Para lograrlo sólo hace falta ir unos pasos más allá que el resto, vivir un par de años por delante que los demás.

La clave principal es que todo fluya. Que nuestro público no perciba que está en medio de una fantasía. Hoy en día, alrededor del mundo, se consume una cantidad de

historias superior al total de lo consumido en los siglos anteriores. Dentro de unos años, si lo deseamos, podremos pasar todas las horas que queramos dentro de una historia que nos haya seducido. Y todo ello será posible gracias a un concepto que me oiréis repetir una y otra vez: transmedia. De hecho, mientras trabajáis hoy aquí, apareceré por la puerta solamente para gritaros: ¡transmedia! No os riáis, muchas veces funciona el recordar en todo momento un concepto básico.

Transmedia es simplemente...

La historia continúa tanto en <https://lemendu.com/portfolio/el-primer-libro/> como en <https://www.amazon.es/primer-libro-Antonio-Palacios-Rojo/dp/8412306546>

Adeste fideles: la ciencia ficción y la religión

Campoamor Stursberg, Rutwig

En los turbulentos tiempos que nos toca vivir, donde el sentido común va cediendo lenta pero progresivamente ante el oscurantismo de falsas mixtificaciones de un pasado bucólico y cultos emergentes que se pretenden basados en la ciencia (esto es, cuando el propio principio científico, falseado o manipulado, inevitablemente se perverte en una letanía litúrgica), merece la pena indagar el papel que la ciencia ficción ha jugado en el tratamiento de los temas religiosos, al margen de los credos y confesiones particulares. A primera vista, la ciencia ficción y las cuestiones religiosas o místicas parecen términos antitéticos, al menos si tenemos en mente las obras con un contenido técnico o científico considerable. No obstante, la proximidad es mayor de lo que pueda sospecharse a primera vista, y la cantidad de obras que tocan el tema, de modo central o tangencial, es muy abundante. El mito del "astronauta antiguo" se remonta a los orígenes de la historia escrita, y no falta quién le ha dado una interpretación mística, justificando de este modo la aparición de los diferentes credos.¹ Textos tan antiguos como el mito de Gilgamesh o las escrituras sagradas del hinduismo sugieren (con una dote no desdeñable de imaginación) una intervención externa a nuestra especie, que hubiese dado lugar a los mitos divinos. La eclosión del fenómeno OVNI, por su parte, ha revitalizado estos mitos, proporcionando nuevos escenarios para estas hipotéticas visitas de emisarios del cosmos. Desde una perspectiva científica, destacados autores como el famoso astrónomo Camille Flammarion trataron de reconciliar el progreso científico (fundamentalmente durante el siglo XIX) con las creencias religiosas, proporcionando de este modo una primera motivación para la literatura de ciencia ficción.

Hemos comentado en diversas ocasiones que el género de ciencia ficción no admite una definición exacta, sino que corres-

ponde a un conglomerado de tendencias del pensamiento políticas y filosóficas, en ocasiones enfrentadas, pero que tienen como finalidad reflexionar sobre nuestra posición en el Universo y nuestra deriva en el mismo. Históricamente, la mitología y la superstición han sido el antecedente natural del racionalismo, en ocasiones acaparado por una élite (política, militar o sacerdotal) sin escrúpulos, para fortalecer y extender su control sobre la masa, a la que se ofrecían unos dogmas estrictos que no admitían réplica ni discusión, por absurdos y contraproducentes que fuesen. Con la eclosión del espíritu crítico y el enfoque desapasionado de las leyes naturales, tales dogmas fueron sucumbiendo ante la evidencia científica y una lógica fundamentada. No obstante, y como somos testigos actualmente, la propia ciencia puede desvirtuarse para moldear una nueva e indiscutible doctrina, aunque ésta esté manifiestamente asentada en tecnologías novedosas y parcialmente incomprendidas, estadísticas incompletas o erróneamente planteadas, así como en cascadas de datos que, por sí mismos, se prestan a la interpretación que quien las manipula le desee dar, sin que esto añada nada a su veracidad.²

Aclamados autores de ciencia ficción han tratado el tema religioso en sus obras, desde la descripción de sociedades religiosas intransigentes y dominantes, que no dejan de ser una extrapolación de la rigidez escolástica medieval (como en la *Historia del futuro* de Robert Heinlein), a la reflexión seria de la mística y el mesianismo en un futuro distante o situado en planetas lejanos (siendo *Dune* de Frank Herbert uno de los ejemplos más impresionantes y logrados), pasando por la variante del viaje en el tiempo para ser testigo o desencadenar la mitología cristiana (*He aquí el hombre* de Michael Moorcock). Una variante más común es la proyección imaginaria de los temas religiosos en sociedades post-industriales,

que normalmente se identifican con comunidades de tipo (nuevamente) medieval, donde el racionalismo científico es, bien el arquetipo del mal que ha devastado el mundo, o una nueva modalidad de liturgia que raya con la magia. En ambos casos, la (mala) ciencia conservada es exclusiva de una élite que ni la comprende ni la puede recuperar, y que la emplea como herramienta de poder. Como fenómeno claramente minoritario, algunos autores tratan de publicitar sus propias creencias a través del género, con mayor o menor éxito. Así, Orson Scott Card postula que el mormonismo es la vía de la salvación en su recopilación de relatos postapocalípticos *The Folk of the Fringe* (1989), mientras que Judith Moffett recrea en *Pennterra* (1987) un conflicto entre la población autóctona de un planeta recientemente colonizado con los exploradores cuáqueros, en el que la discusión teológica juega un papel central.

Un ejemplo característico del científico que va enajenándose hasta creerse una divinidad es el relato *Dios microcósmico* (1941) de Theodore Sturgeon. En este relato, un bioquímico llamado Kidder logra crear una vida artificial con una asombrosa capacidad evolutiva y racional a nivel microscópico, que decide explotar descaradamente para resolver problemas científicos en los cuales su incompetencia es manifiesta. Cegado por su soberbia, el protagonista tortura cruelmente a los inocentes seres cuando las respuestas no le parecen satisfactorias o cumplen sus expectativas, atribuyéndose un papel divino. Pese a su deplorable actitud, los pequeños seres le auxiliarán cuando Kidder, víctima de su ingenuidad social, se ve amenazado por élites financieras que tratan de eliminarle para apropiarse de lo que piensan que son sus inventos.

Como prototipo de novela basada en la extrapolación del hermetismo y la escolástica medievales, puede mencionarse *Gather, Darkness!* (1943) de Fritz Leiber,³ en la que se nos describe una sociedad estratificada y altamente jerárquica en la que unos monjes, autoproclamados custodios de la ciencia, pervierten la misma con tintes sobrenaturales para controlar a una población

ignorante e ingenua y mantener de este modo sus privilegios, que simboliza de algún modo la eterna lucha del bien contra el mal, plasmando algunas de las experiencias y frustraciones religiosas del autor. La argumentación empleada, que será repetida hasta la saciedad por autores posteriores, se basa en una tecnología avanzada y desarrollada para controlar y no complementar al individuo, como vehículo natural para legitimar que una élite pertenece a un estrato superior, al que no tiene acceso el común de los mortales y que, en su inferioridad, debe ser tutelado constantemente.

Otro clásico es *Un cántico por Leibowitz* (1960) de Walter Miller Jr., en la que una orden monástica conserva los despojos de la antigua ciencia a través de la adoración de unos documentos de un ingeniero llamado Leibowitz, que por azar no fueron destruidos. La novela se divide en tres ciclos, en los que la asociación de religión con degradación intelectual permanece intacta, llevando a la sociedad emergente a seguir los pasos y reproducir fielmente los errores de sus antecesores, inevitablemente llevando la renacida sociedad a un nuevo ocaso del progreso.

Por otro lado, *Un caso de conciencia* (1958) de James Blish, es un texto notable por su profundidad filosófica y dimensión teológica. En la novela se relata como una pequeña expedición encuentra un planeta, llamado Litina, cuyos habitantes son pacíficos reptiles que caminan erguidos. El descubrimiento de una evolución no humana, además de pacífica y socialmente estable, aunque carente de religiones y de la noción de un Creador, supone un serio problema de fe para el sacerdote Ruiz Sánchez, jesuita y biólogo de la expedición, que ve en ello una maquinación del Maligno, por lo que propone ocultar la existencia de Litina a la humanidad. El conflicto estalla cuando los científicos descubren un filón de litio, que implicará su explotación (así como la de la población indígena) indiscriminada. El conflicto moral del sacerdote quedará parcialmente resuelto después de una audiencia papal, en la que se le recomienda exorcizar el planeta. No obstante, en el mismo momento de consumir el ritual, el planeta Li-

tina estalla como consecuencia de un fallo en los reactores de fusión instalados por los científicos, brindándonos un final de la novela sumamente sugerente por su ambivalencia.

Una trama similar, pero modernizada y ambientada dentro del contexto del programa SETI, la hallamos en la novela *Rakhat* (1996) de Mary Doria Russell, en la que la Compañía de Jesús organiza una expedición a Alpha Centauri para investigar el origen de unas emisiones recibidas. El protagonista, un sacerdote llamado Emilio Sandoz, verá resquebrajarse sus creencias al contactar con la raza extraterrestre, volviendo a la Tierra física- y espiritualmente destrozado. La autora, licenciada en antropología biológica, consigue desarrollar una convincente disquisición sobre las implicaciones morales, religiosas y psicológicas de un primer contacto con una raza extraterrestre. Antes de abandonar el género, Russell escribió una secuela, *Children of God* (1998), con el mismo protagonista, pero la obra ya no resulta tan efectiva, al reiterar la argumentación de la primera parte y no aportar nuevos elementos de interés a la trama.

Un caso a todas luces extremo es Ron L. Hubbard, ya mencionado en anteriores ocasiones, que inventa una propia (y altamente lucrativa) religión a través de sus escritos, notablemente *Dianetics* (1950), una obra pseudocientífica que, no obstante, causó furor entre los aficionados a la ciencia ficción. Este último ejemplo es particularmente significativo, ya que se elige el término *cienciología* para legitimar un culto que, analizado objetivamente, no deja de ser un cúmulo de afirmaciones dogmáticas diametralmente opuestas a las leyes comprobadas experimentalmente y su formalización lógica o axiomática, es decir, lo que debería entenderse como ciencia seria. La circunstancia singular de este fraudulento movimiento, como es bien sabido, radica en que J. W. Campbell, destacado por su intransigente cientifismo, fue uno de sus propagandistas más activos, lo que sin duda contribuyó a que personas cabales dejaran de lado su (supuesto) raciocinio y se sumaran a esta farsa. No puede negarse, sin embargo, que el éxito de este movimiento se

debe a una estudiada y magistral mercadotecnia, ingrediente que, como nos enseña la historia, resulta clave para lanzar y solidificar nuevos cultos, creencias y tendencias de toda índole.

Cabe citar la novela *A Search for the King* (1950) de Gore Vidal, un célebre autor que no se identifica en principio con la ciencia ficción. Esta obra trata de un empleado de pompas fúnebres que declara la muerte como la finalidad última de la humanidad, extravagante tendencia que, una vez adecuadamente publicitada y manejada por un opaco consorcio, progresivamente se va convirtiendo en un nuevo culto. Con el fin de legitimar esta emergente religión, los cabecillas del movimiento deciden que no existe mejor escaparate que el sacrificio de su creador. Éste, alarmado por la magnitud que ha adoptado su filosofía, obviamente se niega a suicidarse para ennoblecen su causa, motivo que ocasiona su (orquestada) eliminación para convertirle en un nuevo mesías.

Esta idea se encuentra asimismo en *Las calles de Askhelon* (1962) de Harry Harrison, donde un ingenuo, pero honrado misionero trata de evangelizar y llevar un mensaje de redención a una raza extraterrestre, impermeable a la superstición. Llevados por su racionalismo integral, y con el fin de obtener una prueba fehaciente de la resurrección y, por tanto, de la veracidad de las enseñanzas del misionero, los alienígenas deciden finalmente crucificarlo. Huelga decir que el protagonista no resucita, y los extraterrestres archivan el asunto como intrascendente.

Otros relatos, en lugar de desarrollarse en un ambiente declaradamente opresivo y deprimente, tienen como protagonista a un misionero o sacerdote, usualmente asimismo un erudito o científico. No es casual que diversos autores hayan elegido precisamente a los jesuitas como personajes representativos, sin duda inspirados en pensadores tan notorios como Pierre Teilhard de Chardin o Georges Lemaître, que ejemplifican la lucha entre el racionalismo puro y los dogmas de fe,⁴ así como de ciertas controversias de ámbito científico (recuérdese,

por ejemplo, el sofisticado montaje orquestado alrededor del hombre de Piltdown).

Entre los múltiples ejemplos de esta categoría, mencionamos brevemente *En busca de San Aquino* (1951) de Anthony Boucher.⁵ En un futuro tecnocrático, en el que la religión se ha convertido en un movimiento clandestino, un sacerdote llamado Tomás recibe la orden de encontrar la tumba con el cadáver incorrupto de Aquino, un personaje legendario cuyas capacidades de evangelización son la gran esperanza para revitalizar el catolicismo. El protagonista emprende el viaje con un asno robótico que, para su sorpresa, está versado en cuestiones teológicas, con las que trata de persuadir constantemente a Tomás para que abandone su misión. Después de un largo y arduo viaje, en el que se reproducen algunos de los episodios de los textos sagrados, Tomás localiza finalmente la tumba, para descubrir, consternado, que el cuerpo incorrupto del santo se debe a su naturaleza artificial, al ser un robot y no un ser humano. En este punto cabe preguntarse si el asno que acompaña a Tomás, con su insistencia para convencer a Tomás de dejar correr el asunto, no estaba tratando de evitarle la decepción final, ayudando a mantener su fe, aunque fuese a través de una mentira (piadosa).

Arthur C. Clarke, por su parte, nos ofrece también las peripecias de un abnegado misionero espacial, nuevamente jesuita, en su relato *La estrella* (1955). Una expedición parte a un lejano sistema para analizar los restos de una civilización destruida por una supernova, cuyo legado encuentran en un satélite artificial situado en una órbita lo suficientemente lejana como para no haber sido destruida en el cataclismo. Los exploradores encuentran testimonio de que la raza extinta compartía muchas similitudes con la humana. El punto álgido del relato es el momento en el que el jesuita, a la par astrofísico, determina con exactitud la fecha del cataclismo, que coincide con la aparición de la conocida estrella de Belén, lo que provoca una profunda crisis de fe en el sacerdote. Al margen de este relato, la obra de Clarke está plagada de alusiones más o menos opacas a cuestiones transcenden-

tes, que de algún modo constituyen una reflexión sobre la divinidad en combinación con civilizaciones tecnológicamente avanzadas, siendo *El fin de la infancia* (1953), *2001: Una odisea espacial* (1968) o *Cita con Rama* (1973) las novelas más significativas.

El toque satírico lo volvemos a encontrar en la obra de J. T. Sladek. En la novela *Roderick* (1981), el protagonista es un ingenio (de hecho, una inteligencia artificial) desarrollada dentro de un programa gubernamental que es posteriormente cancelado, lo que obliga a su creador a ocultar su invención, para evitar su destrucción. El pequeño Roderick, que es como se llama el aparato, va pasando de un custodio a otro, ocasionando divertidos y rocambolescos episodios en cada una de sus estancias, para acabar en una escuela monástica, donde Roderick, sea por ignorancia, incompreensión o desprecio de los dogmas eclesiásticos, acaba por crear el caos, lo que proporciona al autor la oportunidad para ironizar abiertamente sobre las supersticiones convertidas en dogmas de fe.

Si los robots o las inteligencias artificiales son capaces de desarrollar misticismo constituye todavía un enigma que no somos capaces de resolver, aunque diversos especialistas ya discurren seriamente sobre el problema, e incluso se han desarrollado robots que cumplen la función sacerdotal, aunque, de momento, se trata tan sólo de ingenios que repiten sin descanso las mismas letanías.⁶ Por su parte, la ciencia ficción ya ha tratado el tema en repetidas ocasiones, como en el relato de Boucher o la novela *Project Pope* (1981) de Clifford D. Simak, aunque en estos casos, los robots son tan sólo los depositarios de una creencia que no comparten (¿la entienden?), pero que tratan de mantener viva para no decepcionar a los humanos. Una situación radicalmente opuesta nos la ofrece Asimov en algunos de sus relatos sobre los robots positrónicos, en particular, *Razón* (1941), narración en la cual un robot denominado QT-1 experimenta una revelación mística y deja de obedecer a los humanos. Convencido de su papel como sacerdote supremo de la maquinaria de la estación espacial (a la que toma por el Gran Creador), y siendo el

encargado del mantenimiento y funcionamiento, QT-1 convierte a los demás robots a su extraño culto, dificultando su misión y poniendo en peligro a sus supervisores humanos. Finalmente, aunque no llegan a sanar de su repentino e inexplicable mesianismo, los robots cumplen con su cometido técnico, pese a que las razones para su eficiencia no están en absoluto basadas en la lógica.

La idea de Asimov del robot que experimenta una revelación es sumamente original, y contrasta con otras variantes en la que un ordenador (o supercomputadora) adquiere en algún momento una conciencia y se autoproclama como dios de la humanidad, controlando todos los aspectos de la existencia y actividad humanas (*Colossus* (1966) de Dennis F. Jones; *The God Machine* (1968) de Martin Caidin; *La fuga de Logan* (1976) de William F. Nolan y George C. Jones).⁷ Debe observarse que el temor a que una inteligencia artificial se convierta en una especie de dictador a nivel global va tomando forma lentamente, a raíz de la progresiva y no siempre beneficiosa automatización (o mejor dicho, digitalización) de la sociedad, aunque el peligro que esconde este proceso radica menos en la tecnología en sí misma que en aquellos que la controlan en su provecho.

El autor más prolífico en especulaciones místicas es sin duda Philip K. Dick, cuyas novelas nos adentran en sus propios miedos y experiencias oníricas, próximas a la insania. El tema religioso, o al menos trascendente, se encuentra en multitud de sus relatos, de forma más o menos disimulada, tales como *Gestarescala* (1969), en la que un frustrado ceramista al borde del suicidio es requerido por una extraña entidad extraterrestre que le ofrecerá la inmortalidad. Las más representativas coinciden con el período místico del autor, y, siendo novelas independientes, no dejan de formar una trilogía muy significativa. Nos referimos a las novelas *Valis* (1981), *Invasión Divina* (1981) y *Transmigración de Timothy Archer* (1982), aunque cabe plantearse si esta última está realmente concebida como una obra de ficción. En todas ellas, el protagonista es un ser atormentado que busca una señal divi-

na, sea ésta de naturaleza mística o procedente de una comunicación extraterrestre. El trasfondo es encontrar una justificación de la existencia y una visión introspectiva de la naturaleza humana. Cabe reseñar que el protagonista de la última novela, un clérigo alcoholizado que emprende un viaje a Israel, está fuertemente basado en un amigo de Dick, James A. Pike, un obispo polémico que fue incluso acusado de herejía, y que falleció en extrañas circunstancias durante un viaje a Israel. El paralelismo existente entre la novela y la vida de Pike confieren a esta última obra de Dick un carácter especial, por lo que nos cabe la duda sobre si es correcto catalogarla como ciencia ficción. Los escritos exegéticos de Dick, aunque amplios, son poco conocidos y sólo se han editado parcialmente, aunque estos extractos son muy edificantes para comprender la tortura mental a la que el autor estuvo sometido durante sus últimos años de vida.

Otra interpretación, académicamente más interesante, se nos plantea en los diferentes ensayos de Stanislaw Lem, que aborda el problema desde una vertiente filosófica y tecnológica. Muchos de sus relatos referentes a contactos con entidades extraterrestres no dejan de traslucir la duda sobre si estos seres, tan ajenos a nuestra experiencia, pueden estar en el origen de las religiones y divinidades terrestres. Aunque la posición del autor en cuanto a las religiones es clara, nos concede al menos el beneficio de la duda, siendo una superioridad tecnológica de una raza extraterrestre una legitimación para los diferentes mitos aparecidos a lo largo de la historia. Destacamos en este sentido la *Summa technologiae* (1964), texto que, sin ser narrativo, es sumamente instructivo en la interpretación que da el autor al papel semidivino que jugará la tecnología una vez que resulte incomprendible por el común de los mortales, elevándola a un mensaje trascendental que acabará por determinar los designios humanos, inevitablemente conduciendo a nuestra especie a la destrucción.

Aunque resulta harto infrecuente encontrar alusiones directas a la divinidad en autores pertenecientes al bloque oriental,

existen algunas excepciones curiosas y no muy conocidas, como la novela *El lastre de la escafandra* (1969) del autor búlgaro Lyuben Dilov, en la que unos expedicionarios descubren un planeta habitado y tratan tenazmente de establecer contacto con los moradores, que rechazan de plano cualquier contacto e intercambio de información. La obstinación humana, pese a la destrucción de sus sondas automáticas y el suicidio de uno de los expedicionarios, alienado por visiones generadas por los misteriosos extraterrestres, no les permite claudicar, y el autor plantea interesantes cuestiones sobre la legitimidad de intervenir o forzar contactos cuando sólo una de las partes está interesada. Finalmente, después de tensas negociaciones, se establece un encuentro en el satélite natural del planeta, en el que dos representantes de cada especie habrán de conferenciar y establecer una tregua de varios siglos antes de volver a contactar. Cuando uno de los emisarios extraterrestres trata de escapar y pedir asilo en la nave terrestre, los expedicionarios deciden romper el protocolo y aclarar, de una vez por todas, la extraña situación. Se descubre de este modo que los indígenas del planeta, seriamente afectado por la proximidad de su luna, lo que ocasiona periódicamente importantes desastres naturales, están siendo esclavizados y engañados por los ocupantes del satélite artificial del que proceden los emisarios, y que se han erigido en dioses del planeta. No obstante, estos extraños seres son, a su vez, organismos cibernéticos, fabricados y destinados al planeta por otra raza más evolucionada que, milenios atrás, decidió iniciar una serie de experimentos. La llegada de los humanos ha trastornado a ciertos de los cíborgs más jóvenes, que tratan de romper el dominio de sus amos, y en una misión suicida, destruyen el satélite artificial. Los expedicionarios, desalentados por el catastrófico resultado de un primer contacto inconcluso (no se descubre quién fabricó el satélite, ni de donde provenían), deciden suspender la exploración y no interferir con los desconocidos habitantes del planeta, que liberados de su (falsa) divinidad, deberán por sí mismos evolucionar y progresar, olvidando

progresivamente el mito que por tantos siglos los ha tenido subyugados.

Puede parecer extraño que no mencionemos a los hermanos Strugatski, cuyas novelas están llenas de simbolismo y reflexiones filosóficas que abarcan asimismo las cuestiones religiosas, como *Lastrados por el mal o cuarenta años después* (1986), que trata sobre el nuevo advenimiento del Redentor a la Tierra. Un excelente y pormenorizado análisis de esta novela, y de la obra de los Strugatski en conjunto, así como del tema que nos ocupa, puede encontrarse en la reciente tesis doctoral de Yarina Hanych (incluida en la bibliografía y accesible por la red), motivo por el cual no nos detenemos explícitamente en estos autores.

La argumentación de la novela *Planeta azul* (1963), del autor alemán oriental Carlos Rasch, retoma nuevamente los mitos del astronauta en la antigüedad.⁸ Por causa de una avería, unos exploradores deben aterrizar de emergencia en un planeta, en el que involuntariamente se encuentran con los pobladores. Los exploradores, pertenecientes a una sociedad perfectamente estructurada (esto es, posterior a la culminación del comunismo), están profundamente alarmados por la sociedad de clases que encuentran, por lo que deciden intervenir positivamente para llevarlos por el "buen camino". No obstante, su tarea se ve entorpecida por la clase sacerdotal, que trata de mantener sus prebendas, así como por alguno de los expedicionarios, que ve la oportunidad de autoerigirse como dios de un pueblo atrasado y explotarlo a sus anchas. El conflicto que se genera no se resuelve satisfactoriamente: la expedición, una vez reparada su astronave, captura a sus miembros disidentes y abandona el planeta, sin haber concluido su proceso de reeducación. No obstante, resta la esperanza de que las enseñanzas impartidas hagan despertar a la población, de modo que se libere a sí misma de la esclavitud de sus creencias.

La trama guarda ciertas semejanzas con otra novela aparecida el mismo año, *Cuando los dioses murieron*, de Günther Krupkat. En un lejano futuro, los cosmonautas encuentran en la Luna y en el asteroide

Phobos huellas de una antigua civilización procedente del planeta Meju-Ortu (identificado con el mítico Faetón). Los habitantes, en el éxodo de un planeta destinado a la destrucción, hacen una parada en la Tierra, donde dejan algunos testimonios de su presencia, tal como las terrazas de Baalbek. Sin embargo, a diferencia del relato de Rasch, Krupkat se centra menos en las andanzas de personajes concretos, explayándose más en los aspectos técnicos, filosóficos e históricos de la hipótesis de un legado extraterrestre. En la secuela de esta novela, titulada *Nabou*, el enigmático monumento de Baalbek sigue estando en el centro de la trama, en la que unos geólogos descubren unos robots biónicos que fueron depositados allí por los habitantes de Faetón. La novela profundiza más que la anterior en los aspectos psicológicos, así como en los conflictos humanos que se derivan del contacto con entidades extraterrestres.

Reinhard Kriese, por su parte, trata de especular en *Misión Setta II* (1986) sobre la repetición de la pasión cristiana a nivel cósmico. El protagonista es un expedicionario llamado Arkhon, procedente de una civilización que se ha inmolado en un conflicto atómico. Con el propósito de evitar que la naciente sociedad del planeta Setta cometa los mismos errores, Arkhon se convierte en un predicador y un mesías de la paz, ayudado por una tecnología que le permite obrar "milagros", instaurando una nueva religión a su muerte. Esta burda simplificación de los mitos cristianos, plagada de tópicos, dista de alcanzar un nivel de calidad aceptable, aunque constituye una lectura al menos entretenida, aunque sea sólo por comparativa del tratamiento de temas religiosos por autores marcadamente representativos del marxismo dialéctico.

Finalmente, mencionamos la obra póstuma de Franz Werfel *La estrella de los no natos* (1945), única de sus composiciones que se acerca claramente al género de ciencia ficción, y en la cual, mediante un viaje en el tiempo de su protagonista a un futuro muy lejano, nos ofrece una reflexión sumamente interesante sobre la simbiosis del judaísmo y el catolicismo, únicas confesiones que

han sobrevivido al paso del tiempo y las convulsiones políticas.⁹ Aunque no se trata de la típica novela de ciencia ficción, merece la pena por ser uno de los pocos ejemplos en los que un autor, externo al género que nos ocupa, ha tratado de combinar un ensayo filosófico serio, ambientándolo en un contexto propio de la literatura de anticipación.

En resumidas cuentas, no disponemos aún de una respuesta categórica sobre la existencia de un alma robótica (ni de la humana, para ser más precisos), o si estos ingenios artificiales, modelados a nuestra imagen y semejanza, supondrán un remplazo (¿adecuado?) de la Humanidad tarde o temprano, supuesto que la tecnología pueda acompañarse a los enfermizos sueños de un grupúsculo de especuladores embebidos en sus pretensiones de autoproclamada divinidad y omnipotencia. Asimismo, estamos aún lejos de resolver el problema del origen de las creencias, y si éstas pueden surgir a partir de un procedimiento completamente racional, como es la programación de las inteligencias artificiales.¹⁰ El futuro, próximo o no, seguro que nos deparará alguna respuesta, que sin duda nos obligará a reconsiderar nuestra postura filosófica. Nos queda, no obstante, la posibilidad de seguir explorando las infinitas bifurcaciones que nos prestan los relatos y novelas de ciencias ficción, sin pretensiones mesiánicas, ínfulas doctrinarias ni imposiciones sustentadas en volátiles y etéreas suposiciones o mediciones y estadísticas pretendidamente científicas.

REFERENCIAS

- ASIMOV, I. 1956 *Yo, robot* (Barcelona, Edhasa)
- ASIMOV, I. 1988 *Sueños de robot* (Barcelona, Plaza & Janés)
- BARBINI, F. T. (Ed.) 2023 *Follow Me: Religion in Fantasy and Science Fiction* (Edinburgh, Luna Press)
- BLISH, J. 1977 *Un caso de conciencia* (Barcelona, Martínez Roca)

- CARD, O. S. 1989 *Folk of the Fringe* (West Bloomfield, Phantasia Press)
- DICK, P. K. 2007 *VALIS* (Barcelona, Editorial Minotauro)
- DICK, P. K. 2021 *La invasión divina* (Barcelona, Editorial Minotauro)
- DICK, P. K. 2012 *La transmigración de Timothy Archer* (Barcelona, Minotauro)
- DILOV, L. 1983 *Tezhestta na skafand'ra* (Varna, Knigoizdatelstvo G. Bakalov)
- DI TROCCHIO, F. 2013 *Las mentiras de la ciencia* (Madrid, Alianza Editorial)
- FLAMMARION, C. 1873 *Lumen: Histoire d'une comète* (Paris, Didier et C^{ie})
- FOERST, A. 2005 *God in the machine: What robots teach us about humanity and god* (New York, E. P. Dutton)
- FREIXEDO, S. 1995 *Ovnis y dioses depredadores* (Madrid, Ed. Contrastes)
- HANYCH STOPETS, Y. 2023 *La obra de los hermanos Strugatski: ciencia ficción y censura en la Unión Soviética*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid. <https://docta.ucm.es/rest/api/core/bitstreams/b444a28f-f6f3-4919-a5c2-e73a133e130b/content>
- HEALY, R. J. (Ed.) 1952 *New Tales of Space and Time* (Montréal, Pocket Books)
- HUBBARD, R. L. 1950 *Dianetics* (New York, Hermitage House)
- JACKSON, P., LETHEM, J. 2011 *The Exegesis of Philip K Dick* (Boston, Houghton Mifflin Harcourt)
- KRUPKAT, G. 1963 *Als die Götter starben* (Berlin, Das neue Berlin)
- KRUPKAT, G. 1968 *Nabou* (Berlin, Das neue Berlin)
- KRABBENHOFT K. 1994 *Lem as moral theologian*, *Science Fiction Studies* 21, 212-224.
- KRIESE, R. 1986 *Mission Setta II* (Berlin, Verlag Neues Leben)
- LEIBER F. 1950 *Gather, Darkness!* (New York, Pellegrini & Cudahy)
- LEM, S. 2013 *Summa technologiae* (Minneapolis, University of Minnesota Press)
- LLEGET, M. 1981 *Ovnis y Agujeros Negros* (Barcelona, Plaza & Janés)
- MACGRATH, J. F. 2011 *Religion and Science Fiction* (Eugene, OR, Pickwick Publications)
- MILLER, W. M. 1969 *Un cántico a San Leibowitz* (Barcelona, Editorial Bruguera)
- MOFFETT, J. 1987 *Pennterra* (New York, Congdon & Weed)
- MOHS, M. 1971 *Other Worlds, Other Gods* (New York, Avon Books)
- MOORCOCK, M. 1990 *He aquí el hombre* (Barcelona, Ediciones Destino)
- MOSKOWITZ, S. 1970 *Treinta años de ciencia ficción* (Barcelona, Rumeu)
- RASCH, C. 1963 *Der blaue Planet* (Berlin, Das neue Berlin)
- RUSSELL, M. D. 1998 *Rakhat* (Barcelona, Emecé)
- RUSSELL, M. D. 1998 *Children of God* (New York, Villard)
- SLADEK, J. T. 1980 *Roderick or The Education of a Young Machine* (London, Granada)
- STURGEON, T. 2003 *Caviar* (Barcelona, Editorial Minotauro)
- SUTIN, L. 1991 *Divine Invasions: A Life of Philip K. Dick* (New York, Citadel Twilight)
- TROVATO, D. et al. 2021 *Religion and Robots: Towards the Synthesis of Two Extremes*, *Int. J. Social Robotics* 13, 539-556.
- VV.AA. 1978 *La estrella* (Barcelona, Ediciones Caralt)
- VV.AA. 1989 *La edad de oro 1941* (Barcelona, Martínez Roca)
- VIDAL, G. 1950 *A Search for the King* (New York, E. P. Dutton)
- WERFEL, F. 1946 *Stern der Ungeborenen* (Stockholm, Bermann-Fischer Verlag)

NOTAS

[1] Dos de los autores más conocidos (y polémicos) en este contexto son Erich von Däniken y Salvador Freixedo, ambos contundentes paladines de la hipótesis de una exégesis extraterrestre y su intervención en nuestra evolución y cultura.

[2] Que este fenómeno dista de ser nuevo, puede comprobarse en el interesante ensayo de F. Di Trocchio mencionado en la bibliografía, donde se enumeran algunos de los fraudes científicos más notorios.

[3] Como dato anecdótico, mencionamos que las primeras narraciones de Leiber fueron publicadas en una hoja parroquial.

[4] Aunque se trata de dos personalidades claramente opuestas, constituyen un claro ejemplo de cómo esta orden ha dado lugar a notables científicos y pensadores, no exentos de polémica, y frecuentemente expulsados de la orden por su excesiva independencia.

[5] Incluido en la antología editada por R. J. Healy citada en la bibliografía.

[6] Véase el artículo de A. Puzio: *Robot, let us pray! Can and should robots have religious functions? An ethical exploration of religious robots*, *AI & Soc.* (2023) <https://doi.org/10.1007/s00146-023-01812-z>.

[7] El tema de la computadora casi om-

nipotente también es frecuente en Asimov, siendo *La última pregunta* (1956) una de las más logradas narraciones del autor.

[8] Según confesión del autor, la idea se la sugirió una noticia de la agencia TASS sobre la posibilidad de contactos extraterrestres en la antigüedad.

[9] Werfel, perteneciente a la confesión judía, siempre mostró una curiosa simpatía por el catolicismo, lo que explica la elección de credos en su última obra.

[10] Quedarían descartados los ingenios que, como los robots "sacerdotes", ya tienen incluidos en su programación datos referentes a las distintas religiones.